
José Luis
EL MUNDO
SUMERGIDO
por el PROFESOR HASLEY.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


PROFESOR HASLEY
EL MUNDO SUMERGIDO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

YLÚN. Mujer joven, hermosa, Jefe del Comando Especial de Atomón.

WILLIAM KENNEDY. Capitán de la flota de U. S. A. Fuerte, moreno. Miembro de la expedición Atomón.

DIC TEMPLE. Capitán de la flota de U. S. A. Compañero de William.

JANSEN. Sabio profesor, 60 años, delgado, pelo liso, Jefe de la expedición «Luna Amiga».

BROWM. Científico terrestre, en la expedición «Luna Amiga».

DAMAK. Jefe de la Confederación de Samá.

VINKO. Hermano de Ylún.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA

PROLOGO

El primer vuelo interplanetario realizado por los terrestres había sido patrocinado por los EE. UU. (véase «INTRUSO SIDERAL». Publicado en el n.° 68 de la colección Luchadores del Espacio). El llamado «Proyecto Luna Amiga» tenía como objetivo alcanzar nuestro satélite, pero la presencia de un nuevo astro en nuestro sistema obliga a los terrestres a cambiar de objetivo y dirigirse hacia el nuevo planeta.

El capitán William Kennedy, uno de los jefes de la expedición, se ve envuelto en misteriosas aventuras antes del despegue, pero una misteriosa mujer acude en su ayuda de manera providencial.

Realizado el viaje, los terrestres caen en manos de un pueblo hostil del nuevo planeta que se intenta explorar, Atomón.

Todos los terrestres son condenados a morir en el terrible circo de los cangrejos sakchent. Ya ha sido devorado uno de los miembros de la tripulación y se encuentran los demás aprisionados por las algas-cazadoras, cuando unos audaces desconocidos acuden en su ayuda. Entre los fogonazos de las extrañas armas, William Kennedy cree reconocer el delicioso rostro de la mujer que tan providencialmente acudió en su ayuda en la Tierra.

Es en este preciso punto donde comienza nuestro relato.



CAPITULO PRIMERO

WILLIAM y los demás hombres de la expedición «Luna Amiga» vieron, entre sorprendidos y alborozados, cómo aquellos providenciales salvadores, despejaban de enemigos aquel recinto diabólico.

La gentil muchacha que había mandado aquella operación se lanzó ágilmente con un salto desde la muralla a la arena, en la cual se encontraban prisioneros de aquellas misteriosas algas, William y sus acompañantes. A una voz suya, varios hombres la siguieron y, a una seca orden de la muchacha, tres de los hombres dirigieron los rayos de sus armas hacia aquel montón informe de algas, procurando cuidadosamente no tocar con el haz de rayos a ninguno de los hombres allí aprisionados.

En un segundo la mayor parte de aquellas algas sufrió un estremecimiento; fue inmovilizándose y se tiñeron de un color blanquecino, quizás signo externo de que habían dejado de existir como seres vivos. Luego, pisoteando aquel montón informe de

algas, se dirigieron rápidamente hacia los hombres allí aprisionados. Con un gesto rápido y silencioso sacaron sus cuchillos y fueron cortando, una por una, las algas.

William aún tuvo la serenidad suficiente para observar que de éstas salía un líquido viscoso y rojizo, parecido a la sangre. Un segundo después estaban todos liberados de sus extrañas ataduras.

—¡Pronto! —dijo la muchacha—. No podemos perder ni un segundo. Síganme todos. No pregunten nada.

Rápidamente se pusieron en camino hacia la muralla y, unos segundos después, eran izados a lo alto de la misma, para descender más tarde al otro lado.

—¡Por aquí! —volvió a ordenar la muchacha.

William y sus compañeros siguieron al Comando que les había liberado y comenzaron a correr por aquel mullido suelo, constituido probablemente por algas. A uno y otro lado de los fugitivos se encontraban unas filas de hombres, que, tumbados en el suelo, con las armas prestas y actitud expectante, protegían la retirada contra un posible asalto de sus enemigos.

Habían caminado unos trescientos metros, cuando William y sus compañeros se encontraron ante varios vehículos, de tipo aproximadamente parecido a los que habían utilizado últimamente mientras estaban en manos de sus aprehensores.

Con voz enérgica la muchacha ordenó el alojamiento de los fugitivos en los distintos vehículos que allí se encontraban y poco después el grupo del Comando que había protegido la retirada subía, asimismo, en dos de los vehículos reservados para ellos.

La comitiva se puso rápidamente en marcha.

William había entrado en el vehículo que capitaneaba la expedición, en el cual tenía su puesto de mando la hermosa muchacha que tan providencialmente había acudido a salvarles de una muerte cierta.

Durante unos minutos, todos los vehículos, en fila india, siguieron aquel extraño vuelo a escasos metros del suelo, mientras los hombres que tripulaban los distintos aparatos oteaban incesantemente en la espera de ver aparecer de un momento a otro los posibles enemigos.

—Es preciso que nos alejemos cuanto antes de aquí —dijo la muchacha, dirigiéndose a William—. Hemos conseguido sorprenderles con un golpe de audacia, pero, a no dudarlo, a estas

horas están ya lanzados en pos de nosotros.

—No sé cómo agradecerle… —comenzó William.

—No continúe, capitán —dijo la muchacha—. Por lo menos, no es ahora el momento de perder el tiempo con frases de agradecimiento. He cumplido con mi deber. Eso es todo.

—De cualquier modo que sea —continuó William— gracias por su maravillosa intervención.

La muchacha contestó a aquel cumplido de William con una sonrisa.

Un momento después, aquellas extrañas naves se detenían en determinado punto.

— ¡Pronto! —dijo la muchacha—. Todos al suelo.

Inmediatamente se abrieron las escotillas y todos los hombres que estaban dentro de los distintos vehículos saltaron al suelo.

William pudo percibir un extraño aparato que se encontraba posado en tierra.

—¿Qué es eso?

—No hay tiempo ahora de explicárselo, capitán —dijo la muchacha— pero va usted a experimentar sus efectos.

Los hombres del Comando, perfectamente disciplinados y adiestrados, ocupaban cada uno la posición dispuesta de antemano. Rápidamente sacaron una especie de escafandras autónomas que fueron colocando a cada uno de los terrestres y, luego, realizaron la misma operación consigo mismo.

—Ahora es preciso que no se asusten ustedes —dijo la muchacha en perfecto inglés, dirigiéndose a todos los terrestres—. Nos acucia el tiempo y no podemos emplear otro procedimiento para atravesar la barrera de vacío. Con más tiempo, hubiéramos podido atravesarla con nuestras propias naves, pero esto supone el empleo de más aparatos y más tiempo. Así, pues, emplearemos un procedimiento más rápido.

Varios hombres del Comando subieron al aparato de forma cúbica, que parecía haberles estado esperando. William, Jansen, Browm, Dic y los demás hombres miraban absortos la extraña maniobra de aquellos seres.

Eran cinco en total los que habían subido a la superficie superior de aquel extraño cubo. La poca altura del mismo permitía a William y a sus compañeros ver perfectamente toda la maniobra que se

estaba realizando.

La superficie del cubo estaba cruzada por cinco estrías, en las que se encontraban encajados unos extraños aparatos. Cada uno de los hombres se tumbó boca abajo dentro de una de estas estrías. Así, pues, se encontraban francamente apoyados en una especia de barra metálica, mientras que sus manos podían aferrarse a otra semejante en la parte anterior. Su cabeza se colocó en una especie de casco puntiagudo.

La muchacha observaba con atención la maniobra y, a una señal de uno de los hombres que allí se había situado, dio una orden escueta en su extraño idioma. El encargado del manejo de aquel aparato pulsó un botón y los cinco salieron disparados con la fuerza de un proyectil, deslizándose por la estría, mientras se sujetaban fuertemente con las manos y los pies a sus asideros.

Los terrestres lanzaron una exclamación. Los cinco hombres habían salido disparados por el aire y un segundo después habían atravesado la barrera de vacío para quedar a la otra parte, flotando en el agua, a unos cincuenta metros de la divisoria, entre el vacío y ésta.

Otros cinco hombres ocuparon los puestos que habían ocupado los anteriores, mientras el aparato reponía mecánicamente los cascos puntiagudos y el resto de las estructuras que habían servido a los otros cinco que les habían precedido.

Así se repitió la operación tres veces.

—Ahora les toca a ustedes —dijo la muchacha—. No teman nada. No tienen más que asirse fuertemente. Lo demás es cosa nuestra.

William cedió el paso a los profesores Jansen y Browm, a los que acompañaron tres miembros de la tripulación. En pocos segundos, fue realizada la operación y los cinco terrestres atravesaron la barrera de vacío para quedar flotando unos metros más allá.

Rápidamente se fueron sucediendo los terrestres en ocupar aquellas estrías, hasta pasar todos a la otra parte y quedar flotando en el líquido elemento. Por último, llegó el turno a William y Dic, que habían querido permanecer allí mientras pasaban los miembros de la tripulación. Junto con ellos ocupó su sitio correspondiente la muchacha. La extraña máquina se disparó automáticamente y los tres seres atravesaron en una décima de segundo la barrera del vacío que les separaba de la inmensidad de aquel océano.

Aún no había salido William de su estupor cuando sintió una

mano que le cogía cariñosamente con la suya propia. Volvió los oíos y vio a su lado a la misteriosa muchacha. A través de la transparente escafandra de la misma pudo ver en los labios de esta una sonrisa. Una luz difusa venía de lo lejos y teñía a todos con un tinte fantástico y misterioso. Pocos segundos después, la luz fue creciendo en intensidad, hasta quedar bien visible a los ojos de los terrestres ¡a fuente de donde procedía. Se trataba de poderosos reflectores situados en la proa de una docena de aquellos submarinos, con los cuales ya habíase familiarizado William. La muchacha hizo una señal a éste y se encaminaron rápidamente hacia una de estas naves. Unos segundos después se encontraban en el interior, al igual que los demás miembros de la expedición.

—¡Pronto! —ordenó la muchacha al comandante de aquel submarino—. Rumbo a la base del Comando.

El comandante no se hizo repetir la orden. Un segundo después todas las naves navegaban a gran velocidad bajo la superficie del agua.

—Es preciso acentuar la vigilancia —volvió a ordenar la muchacha—. Pueden interceptarnos el paso en cualquier momento.

William apenas si podía entender nada de lo que había sucedido. La muchacha, al ver su cara de asombro no pudo reprimir una sonrisa.

—Sí, es todo fantástico ¿verdad?, capitán.

—Así es. No salgo de mi asombro desde hace muchas horas. ¿Qué es lo que sucede?

—Ahora no puedo explicarle con amplitud de detalles las cosas —respondió la muchacha—. Sólo le diré que habían caído prisioneros del pueblo Sakchent. Nosotros pertenecemos a la Federación de Samá. Hemos creído oportuno liberarles del encierro y quizá de la muerte que les esperaba.

—Eso está claro —dijo William y le agradezco en nombre de todos los terrestres y en el mío la providencial intervención de usted y sus hombres, pero son tantas las preguntas que sugiere mi curiosidad...

—Sí; lo comprendo —dijo la muchacha— pero ahora poco puedo explicarle.

—Al menos, dígame ¿cómo hemos conseguido salir ele allí?

—La cosa ha sido sencilla —respondió la interpelada—. Como usted habrá podido deducir, la ciudad en que se encontraban se

halla a muchos miles de metros debajo de la superficie del mar.

—Verdad; pero ¿cómo es posible esto? —preguntó William nuevamente—. .Por mi parte, no he visto estructura alguna que permitiera soportar la brutal presión que debe hacer tal cantidad de agua.

—Esas ciudades son producto de muchos miles de años de investigación y experiencia. El procedimiento es lo más sencillo que pueda imaginarse. En realidad, se encuentra dentro de una burbuja.

—Sí, —continuó la muchacha, al ver la cara de asombro de William— de una burbuja, de una gran burbuja de aire. Un complicado mecanismo nos permite inyectar aire en el fondo del mar y regularlo de forma que contrarresta la presión del agua. Por eso, la separación entre el agua y la ciudad no es más que eso: aire.

—Y ¿cómo hemos podido nosotros escapar de ella?

—Hubiéramos podido emplear un procedimiento más complicado y más seguro —dijo la muchacha—, pero no nos daba tiempo para ello. Por lo tanto, hemos recurrido al procedimiento de urgencia. Aquel extraño cubo, como usted ha podido ver, es una gran plataforma de lanzamiento. Un ser situado en esas estrías es como un proyectil lanzado velozmente contra la pared de agua, de forma que la atraviesa, sin que por eso se rompa el equilibrio existente entre el aire y la presión del agua.

—Desde luego es asombroso —dijo William—. Jamás se me hubiera ocurrido que pudiera existir algo semejante.

—Tendrá que maravillarse de muchas más cosas, terrestre. Nuestros pueblos son antiquísimos, cuya técnica ha llegado a un alto nivel de perfección.

Iba a continuar la muchacha, cuando el observador del submarino dio una voz de alarma.

—Se aproximan dos naves enemigas —repitió la muchacha en inglés. —A todas las unidades de nuestra flotilla: actúen con efecto de transparencia —ordenó.

William comprendió claramente qué es lo que quería decir, pues en aquellos momentos estaba viendo deslizarse una de aquellas naves y desapareció de pronto de su vista.

—¡Demonios! ¡No me van a decir ustedes que pueden hacerse invisibles!

—Prácticamente, sí —dijo la muchacha—. En realidad, mediante una carga especial, nuestras naves desvían los rayos luminosos, de

forma que los enemigos no las pueden ver.

Durante unos segundos, William quedó absorto en sus pensamientos. Poco después vio una luz difusa, que se fue agrandando hasta perfilar la silueta de catorce o quince naves.

—Ya están ahí —dijo la muchacha.

En efecto, a unos quinientos metros de distancia, se podía ver avanzar una flotilla a todas luces enemiga.

—¿Es que acaso ellos no poseen el efecto de transparencia?

—No. Afortunadamente para nosotros, no.

De una de las naves enemigas salió una pequeña esfera luminosa Que estalló con un fragor tremendo muy cerca de la nave en la que se encontraban William y su salvadora.

—¡Caramba! Parece que estén tirando una especie de cargas de profundidad.

—Sí. Nuestra invisibilidad es relativa. En realidad no nos ven, pero nos tienen perfectamente localizados por medio de sus aparatos receptores. Nuestra invisibilidad no sirve más que para hacer un poco más difícil su puntería.

Un segundo después, todas las naves de la flotilla liberadora, se veían cercadas por las tremendas explosiones de aquellas pequeñas esferas luminosas, que parecían estar constituidas por una especie de fuego verde.

—¡Preparad nuestras armas! —dijo la muchacha, sin perder su serenidad.

—Nuestros equipos de ofensiva dispuestos —respondió la voz del segundo de a bordo.

Una nueva explosión sacudió tremendamente la nave en que viajaba William. Por una grieta abierta en la misma comenzó a entrar un hilillo de agua.

—¡Pronto! —dijo la muchacha—- Hay que taponar esa brecha o, de lo contrario, nos veremos rápidamente anegados.

Un equipo de hombres previamente preparados se acercó al sitio donde se había producido la resquebrajadura y aplicó una especie de ventosa.

—Creo que con una presión de trescientos veinte será suficiente —dijo el encargado del equipo.

Poco después el agua dejaba de penetrar en la nave.

—Es nuestra manera más rápida de resolver una situación como ésta —dijo la muchacha, ante los ojos interrogadores de William—. Al fin y al cabo, no hacemos más que aplicar un principio harto conocido por nosotros, para evitar que la nave sea anegada por el agua. Taponamos la brecha con aire a la presión necesaria.

—¡ Listas nuestras armas! —ordenó la muchacha.

En aquellos momentos una de las naves lanzaba otra de las esferas de fuego verde sobre la nave que capitaneaba la pequeña flotilla.

—¡Fueeego! —ordenó Ylún.

Una onda luminosa se dirigió velozmente hacia aquella especie de proyectil que les enviaban sus enemigos. En cuanto entró en contacto con el mismo, lo hizo retroceder rápidamente hasta devolverlo a su lugar de origen, en el cual hizo explosión. La nave enemiga sufrió una terrible sacudida y, poco después, deslizábase hacia el fondo del mar, indudablemente herida de muerte con sus propias armas.

—¡Bravo! Ha sido un golpe certero y magnífico —dijo la muchacha.

En la flota enemiga se originó un pequeño desconcierto.

—Rápidamente y a teda velocidad, abandonemos este sitio —ordenó la muchacha.

Todas las naves de la pequeña flotilla salvadora aprovecharon la confusión del enemigo para alejarse velozmente, consiguiendo, así, escapar a la persecución, apenas iniciada ésta.

—Bien —suspiró la muchacha—. Supongo que ya no encontraremos más dificultades hasta alcanzar nuestra base.

William la miró, y si grande era su sorpresa por todo cuanto había visto, no lo fue menos al ver el rostro sereno y enérgico de aquella muchacha que había sabido sortear una tan arriesgada situación, sin alterar ni un solo momento los músculos de su cara, y, sin embargo, se trataba de un ser encantadoramente femenino. En verdad que aquel pueblo de Samá debía tener mujeres maravillosas —pensó William para sí mismo.

CAPITULO II

TODO lo desagradable que había resultado el contacto con los pueblos de Sakchent, había tenido su contrapartida en el contacto con los pueblos de Samá

William y sus amigos habían sido acogidos en este pueblo como si se tratara de seres de la misma raza que se hubieran salvado de un tremendo peligro. Aunque era poco el tiempo que llevaban entre ellos, los auspicios no podían ser más propicios y agradables.

En aquellos momentos celebraban una reunión los hombres más caracterizados en el proyecto «Luna Amiga», con el Jefe Supremo del pueblo de Samá. Damak, que así se llamaba el Jefe supremo, era el que estaba en el uso de la palabra.

—Repito una vez más. ¡Cuánto lamento que hayan sido ustedes recibidos de tan cruel 'manera por parte de los hombres de Sakchent! Nuestro planeta se avergüenza de que cosa semejante haya sucedido.

—Nos compensa —dijo Jansen— la amabilidad que han tenido ustedes con todos nosotros, de riesgos y sacrificios que hemos pasado en manos de esos desdichados seres.

—Nuestra situación es un poco especial —dijo Damak—. Desde hace varios años existe una gran tirantez entre los pueblos de Sakchent y Samá. Realmente, partimos de principios distintos y nuestra estructura social y moral es completamente diferente. En ocasiones, hemos tenido que soportar con paciencia reiteradas provocaciones de este pueblo, que debía mostrarse como hermano y no como enemigo.

— ¿Y ustedes no han sabido o no han querido dar una réplica adecuada a esa actitud?

—En realidad, repito, nuestra situación es muy extraña. Tanto los pueblos de Sakchent como los de Samá, poseen hoy en la actualidad procedimientos de destrucción tan poderosos, que una guerra entre ambas federaciones es imposible, puesto que resultaría de ella la extinción total de nuestros pueblos en este planeta. Por lo tanto, hemos de limitarnos a una tirante diplomacia, salpicada, alguna que otra vez, de acciones bélicas reducidas.

—Como les decía, al principio soportábamos con paciencia sus

provocaciones; luego, tuvimos que crear nuestros comandos, con el objeto de replicar adecuadamente a ellas. Desde entonces, hemos establecido una especie de tácito acuerdo, en el cual va implícita la posibilidad de pequeñas acciones militares que de ningún modo y por el interés de ambas partes han de llegar nunca a una conflagración total, ya que, repito, esto supondría la extinción total de la vida en nuestro planeta.

—Lo que no comprendo —dijo William— es cómo han conseguido ustedes ser tan oportunos en sus intervenciones con respecto a nosotros.

—Verdaderamente eso no tiene importancia —dijo Damak—. Le diré capitán Kennedy, que desde hace mucho tiempo están ustedes bajo nuestra vigilancia. Sí. No se asombre usted —prosiguió tras una pausa—; les vigilábamos incluso cuando estaban ustedes en la Tierra. Tenemos conocimiento exacto y detallado del proyecto de ustedes para llegar a la Luna. Esto nos obligó a ejercer una discreta vigilancia sobre los hombres más importantes de este proyecto. Asimismo, nos constaba que los hombres dé Sakchent intentarían cortarles el paso o hacerles prisioneros. Por lo tanto, en cuanto esto ha sucedido tuvimos noticia inmediata de ello.

—Ylún era la encargada de la protección de ustedes —dijo Damak y miró a la muchacha que había salvado a los terrestres y que se hallaba también presente en la reunión—. Sus atribuciones, en realidad, eran bastante limitadas —sonrió Damak—, pues no queríamos nuevos conflictos con los pueblos de Sakchent. Sin embargo, su elocuencia nos convenció, y, así, de una simple función de vigilancia se pasó a una función de rescate. ¿No es así, Ylún?

La muchacha sonrió deliciosamente, mientras sus mejillas se teñían de un rojo suave.

—Corno miembro del Estado Mayor del Comando de los pueblos de Samá —dijo la muchacha— discutí con mis compañeros y superiores la situación por la que atravesaban los terrestres y llegamos a la conclusión de que era preciso librarlos. En cierto modo, necesitábamos los informes más detallados posibles sobre la situación de la Tierra, para prevenirse de cualquier acción indirecta de los pueblos de Sakchent.

—Sí, sí —dijo Damak, no sin cierta ironía—. Ya sé que se tomó el acuerdo por parte de todo el Estado Mayor, aunque en realidad no sé cómo podríamos evitar el tomarlo estando constituido casi todo por hombres. ¿No es así, Ylún?

Ylún volvió a sonreír, mientras William le lanzaba una mirada de admiración.

—Entonces —intervino Browm, que estaba francamente interesado—, ¿ustedes sabían de antemano lo de nuestro proyecto «Luna Amiga?».

—Sí. Con todo detalle. Con tantos detalles que usted mismo se asombraría si yo se los dijese —sonrió Damak.

—Y en cuanto a la extraordinaria aproximación de su planeta a la Tierra ¿a qué es debido?

—Esto ha sido consecuencia de un previo acuerdo con los hombres de Sakchent.

—No querrá usted decir —intervino Jansen— que ustedes pueden desplazar el planeta por el espacio a su voluntad.

—Aunque le parezca extraordinario, profesor, así es. Tenemos procedimientos para hacer marchar nuestro planeta, según la dirección que nosotros deseemos. Hubo un tiempo en que los hombres de Sakchent decidieron aproximarse a la Tierra. Los estudios que nosotros hicimos a gran distancia de este planeta parecieron indicar que al igual que el nuestro se encontraba total o casi totalmente recubierto de agua, lo cual suponía la posibilidad de que nosotros pudiéramos hacernos con él. Los pueblos hermanos tenían gran interés en esta empresa, por lo tanto llegamos al acuerdo con el pueblo Sakchent, al objeto de conquistar el planeta de ustedes, claro está, que con la condición de que éste no estuviera habitado. Así pues, decidimos realizar la operación necesaria para aproximarnos a la Tierra, lo suficiente como para que el viaje fuera fácil, de forma que nuestros aparatos voladores pudieran hacerlo sin gran desgaste.

«En el último instante pudimos percatamos de que el planeta estaba habitado. Entonces la federación de Samá renunció a la conquista del planeta y a las posibilidades de ello. Los hombres de Sakchent también se declararon decididos a no conquistarlo, pero sugirieron seguir adelante, al objeto de hacer investigaciones científicas. Los pueblos de Samá no tenían motivos para oponerse a esto y por ello, llegamos todos hasta los proximidades de la Tierra.

»Cierto he de disculparme ante ustedes —dijo Damak, con una sonrisa— por haberles robado la Luna, de la cual han gozado durante tanto tiempo».

—Sí; en efecto —dijo Dic—. En la factura final, tendremos que pasarle también esa cuenta.

—De acuerdo, aunque creo que no nos será nada difícil devolvérsela. En estas circunstancias, se produjo el aproximamiento que nosotros habíamos previsto y que ustedes han podido experimentar recientemente. Lo demás es historia que ustedes ya conocen. El maravilloso vuelo que ustedes realizaron, maravilloso si consideramos que es el primero —aclaró Damak—. Y el hecho de caer prisioneros en manos de los hombres de Sakchent, lo cual, aparte de las molestias que han sufrido ustedes, ha venido a demostrarnos que sus intenciones no son nada concretas con respecto a la Tierra.

«Y esta es la situación, poco más o menos —concluyó Damak—. En la actualidad y, afortunadamente, están ustedes entre amigos. Supongo que la expedición de Ylún motivará una reclamación diplomática por parte del pueblo Sakchent. La resolveremos como en otras ocasiones y esperaremos nuevos acontecimientos. Mientras tanto, considérense ustedes como en su casa. He dado orden a nuestros más eminentes científicos para que se pongan en contacto con los profesores Browm y Jansen, al objeto de darles una visión aproximada de nuestros adelantos, como asimismo el Estado Mayor de nuestro Comando se pondrá en contacto con los capitanes Dic Temple y William Kennedy, al objeto de que puedan tener cambios de impresiones. De ese contacto —volvió a sonreír Damak— se encargará Ylún».

Terminada la reunión, los hombres se desearon mutuamente paz y felicidad.

Los terrestres acompañados por Ylún abandonaron el gran salón donde habían realizado la reunión con los demás.

Ya en la calle y guiados por Ylún y varios servidores, se dirigieron hacia la residencia que les había sido destinada.

CAPITULO III

DURANTE unas semanas, los expedicionarios del «Tritón Volador» vivieron en un continuo ajetreo.

¡Había tantas cosas que ver en aquel magnífico país sumergido bajo las aguas del océano! Desde la simple pero apasionada curiosidad de los hombres de la tripulación del «Tritón Volador», hasta la curiosidad científica e insaciable de los profesores Jansen y Browm, el equipo expedicionario pasaba por todos los matices de la emoción y del entusiasmo.

Ylún y algún que otro ser adscrito al servicio de los terrestres se mostraban infatigables cicerones para ir explicando ante sus asombrados auditores tantas maravillas como podían verse en aquel fantástico pueblo. Una y otra vez fijaban incansablemente su atención en la infinita variedad de maravillas que se presentaban ante sus ojos a cada paso. Maravillosos tejados hechos con fibras de algas desconocidas en la Tierra; fábricas donde los últimos adelantos de la técnica, muy superior a la de los terrestres, producían los utensilios más diversos; inmensos rebaños de peces, apacentados cuidadosamente con la misma naturalidad y eficacia con que los terrestres lo hacían con los animales domésticos; en fin, muchas maravillas, más propias de una fantasía exuberante que de una realidad palpable.

William, Dic y sus amigos no sentían freno para su curiosidad.

Aquel día habían decidido hacer una excursión extraordinaria. Fue Ylún la que sugirió la idea.

—Capitán Kennedy —le había dicho pocas horas antes—. Puesto que es el interés científico el que les ha traído hasta nosotros, debe enriquecerse con la mayor cantidad de datos posible. Por ello, he decidido llevarles a un sitio encantador.

—Diga. Ylún ¿dónde vamos a ir? —preguntó Jansen, ansioso.

—Verá usted, profesor. He visto cómo incesantemente el doctor Browm y usted toman nota de todo. Cierto que hay muchas cosas que serán para la Tierra una novedad, pero aún hay mucho más. Hoy podemos ir a ver el Parque Nacional.

—¿Cómo dice? —interrumpió Browm—. ¿Ha dicho el Parque Nacional?

—Sí. Se trata de un sitio acotado, al igual que lo hacen ustedes en la Tierra con los animales salvajes, donde conservamos algunas especies de peces francamente extraordinarias. Es decir, procuramos que no se extingan en la lucha terrible y cotidiana que se desarrolla debajo del mar entre las distintas especies por la supervivencia.

—Eso me recuerda un refrán de nuestro planeta —observó Dic, jocoso— y es que «el pez grande se come al chico»

Ylún rió la salida de Dic.

—De todos modos, capitán Dic, aquí no se da siempre ese fenómeno. Hay pequeños peces que muy bien pueden comerse a los grandes y si no comérselos, por lo menos acabar con ellos en pocos segundos. Ya tendrán ustedes ocasión de conocer al pequeño, pero terrible pez explosivo.

—¿Un pez explosivo? —dijo Jansen incrédulo.

—Sí. Se trata de un pez de extraordinaria dureza. Lleva sobre la parte dorsal de su cuerpo unas pequeñas ampollas, que él mismo segrega, que están llenas de un extraño gas y hacen explosión a voluntad del mismo. En muchas ocasiones este pez es engullido por un pez mayor. Entonces, el pez pequeño desprenda una de estas ampollitas que, un segundo después, hace explosión, destrozando por completo el cuerpo de su enemigo. De esta forma el pez explosivo acaba con él y, además, puede abrirse paso de nuevo para seguir su vida pacífica hasta que vuelva a ser atacado por otro pez de superiores proporciones.

—Eso es asombroso —dijo Browm.

—También conocerán al pez barrena. Diminuto pececillo que, una vez en el estómago de su enemigo, sabe imprimirse un poderoso giro, al igual que una barrena, y girando a gran velocidad consigue atravesar las paredes del estómago y la capa muscular de su enemigo hasta encontrarse poco después, nuevamente, en libertad.

«Asimismo --continuó Ylún—, hay pequeños peces de apenas un centímetro de largo, cuya carga eléctrica es tal, que bien podría matar a una gran ballena de las que ustedes están acostumbrados a ver en los mares de la Tierra».

Estas explicaciones de Ylún y las comprobaciones que se solían hacer a cada instante, tenían a todos los hombres de la expedición interesadísimos, muy en particular a Jansen y Browm que, perdiendo casi el control de sí mismos, iban hablando de aquí para allá en voz alta y tomando notas taquigráficas sin casi un segundo

de reposo.

—¿Y dice usted, Ylún, que vamos a ir ahora a su parque zoológico nacional? —preguntó el profesor Jansen trémulo de emoción.

—Sí. Hoy podemos dedicar el día a esto. Llévese usted abundancia de cuartillas, porque tendrá muchas cosas que ver y muchas notas que tomar.

— ¡Magnífico, magnífico! —dijo Jansen lleno de interés, mientras Browm se frotaba las manos como si se tratara de meterlas en un abundante tesoro.

—Bien, Ylún —contestó William—. Entonces estamos dispuestos para ir con usted. ¿Cuándo salimos?

—Pues si no tiene inconveniente, ahora mismo —dijo la gentil muchacha—. En realidad, me había tomado la libertad de -prepararlo todo antes .de consultar con ustedes.

En pocos segundos los hombres se dispusieron para partir y, un instante después abandonaban su domicilio guiados por Ylún.

Cuando una hora más tarde navegaban en dirección a su destino, la expectación había subido hasta el punto máximo. Los expedicionarios iban acomodados en dos naves parecidas a las utilizadas para su rescate, aunque un poco mayores. En una de ellas, iba William junto con Dic y los profesores Browm y Jansen; nave que capitaneaba diestramente la deliciosa Ylún. En la otra, el resto de la tripulación, bajo la salvaguarda y guía de Vinko.

Como siempre, habían atravesado la barrera de aire sin ningún contratiempo y los dos sumergibles caminaban a gran velocidad, hacia la inmensa zona donde los hombres de Samá guardaban las maravillosas especies que poblaban las profundidades marinas.

—¿A qué velocidad vamos? —preguntó William con interés profesional.

—A mucha. —dijo Ylún.

—¿Acaso treinta nudos por hora?

La muchacha sonrió discretamente.

—Capitán Kennedy, usted piensa en cifras terrestres. Para nosotros treinta nudos seria un paso de tortuga. Hace muchos miles de años que las velocidades que conseguimos debajo del mar son muy superiores. En estos momentos vamos a más de quinientos nudos por hora.

Dic y William se miraron con asombro y un matiz de duda apareció en sus miradas. La avispada muchacha no pasó por alto este detalle.

—Sé que es muy difícil de creer para ustedes que aún se encuentran muy atrasados en el arte de la navegación; pero, acérquense aquí…

Dic y William obedecieron la orden de la muchacha, que les mostró unos instrumentos de control, en los que pudieron ver con absoluta claridad cómo registraba la velocidad indicada por ella.

—Me gustaría saber la cara que pondría el Almirante Licester si yo le diera una información semejante cuando regresemos a la Tierra, —intervino Dic.

—Pues todavía puede darle usted informaciones más sensacionales. He de decirle que esta velocidad representa apenas la tercera parte de la capacidad total de nuestra nave.

—Y ¿cómo demonios consiguen ustedes soportar la presión? —dijo Dic y de igual manera preguntó William, cuyo interés profesional le hacía volcarse en preguntas.

¡Ah! —dijo Ylún—. Ese es otro de nuestros secretos. En realidad es un secreto a voces, puesto que estas naves están constituidas de una materia que abunda extraordinariamente en el fondo del mar. Es un tipo, o mejor dicho, varios tipos de algas que se dan con gran profusión y a las cuales sometemos a un tratamiento especial. Con ellas hacemos un conglomerado que está sujeto a poderosísimas presiones y con este tratamiento se convierten en este material tremendamente resistente.

Ya iba William a hacer otra pregunta cuando un destello cegador venido del exterior le cortó la palabra a flor de labios.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Dic.

—No se preocupe —cortó rápidamente la muchacha—. Son amigos.

— ¡Pero parece como si hubiera sido una explosión en el fondo del mar!

—Sí. Eso ha sido —dijo serenamente la muchacha—. ¿Quieren ustedes verlo?

—Pero ver ¿el qué? —preguntó William.

La muchacha no contestó a la pregunta y, por el contrario dio una orden a su piloto:

—Vamos a las canteras.

El submarino varió su rumbo cuarenta y cinco grados y, poco después, encendía los más poderosos reflectores que, taladrando las tinieblas submarinas, fueron a dar en el más extraordinario espectáculo que pudieran esperar los terrestres. Bajo la luz de los poderosos reflectores, se percibía con todo detalle una ingente muchedumbre de hombres dotados de equipo de inmersión autónomo, trajinando ordenadamente sobre una gran mole de extraño material.

—Son nuestras canteras de coral —explicó Ylún—. Es una de las muchas que explotamos con asiduidad. Este tipo que tienen ante sus ojos lo emplean especialmente para la fabricación de aparatos eléctricos.

William, Jansen y Browm, que miraban a través de las escotillas del submarino, veían extasiados la inmensa montaña de coral amarillento sobre la cual trabajaban centenares de hombres. En distintos lugares se podía ver cómo iban taladrando aquel durísimo material para situar una especie de barreno que, al hacer explosión, desgajaba poderosos bloques de aquel material. Otros grupos se encargaban de arrastrarlo hasta situarlos en grandes naves, dedicadas al transporte submarino. Uno de los encargados de aquel servicio se aproximó velozmente hasta las escotillas transparentes del submarino. Ylún le saludó con una sonrisa y un gesto de la mano y el hombre sonrió desde el interior de la escafandra transparente que llevaba. Un segundo después, daba la vuelta e impulsado por un pequeño motor que llevaba sobre la espalda, volvía a una velocidad pasmosa a su lugar de trabajo.

—Realmente admirable —dijo Browm.

—Quisiera una muestra de ese coral —suplicó Jansen— ¿podría bajar y solicitar un poco?

—No es preciso que lo haga, profesor —dijo la muchacha—. De todo esto tendrá usted las muestras que sean necesarias, para cuando llegue el momento de volver a la superficie del planeta.

Y al decir esto, William creyó sorprender en su mirada un ligero brillo de tristeza.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Son ustedes gente estupenda.

—¿Por qué? —repuso la muchacha con modestia—. Nos comportamos como es debido a gente de nuestra cultura y civilización.

Satisfecha la curiosidad de los terrestres, la nave reemprendió su camino.

—Yo me pregunto —dijo Browm—. ¿Cómo es posible que ustedes tengan ese llamado Parque Zoológico en el fondo del mar?

—Porque para con los peces no vale el sistema de la cámara de aire que ustedes establecen para los humanos —intervino Dic.

—Evidentemente —dijo Ylún—. Pero también tenemos otro procedimiento para conseguir acotarlos. El inmenso Parque Submarino que poseen los pueblos de Samá está acotado por un ingenioso sistema eléctrico, que sin necesidad de cables conductores produce una barrera eléctrica que ninguno de los peces puede atravesar. Esto nos permite tener a los animales en perfecta libertad, reproduciéndose y conservándose en toda su pureza, sin que además consigan escaparse.

—Y nosotros ¿cómo vamos a pasar? —-preguntó Browm preocupado.

—No hay problema, podemos hacerlo con nuestra nave, la cual neutralizará los efectos eléctricos con una capa aislante, según los mismos principios que rigen en la Tierra para casos semejantes.

Los expedicionarios continuaron su camino, charlando animadamente, hasta que una voz de Ylún les ordenó guardar silencio.

—En estos momentos vamos a atravesar la barrera eléctrica que separa nuestro parque nacional del resto del océano.

Todos miraron con atención la maniobra que ordenaba la muchacha con objeto de atravesar aquella barrera eléctrica. Pasaron unos segundos de silencio y luego Ylún, dirigiéndose a los terrestres, dijo con una sonrisa:

—Ya está.

— ¡Caramba! —exclamó Dic—. ¿Es posible que haya sido tan sencillo?

—Así es —contestó la muchacha—. En este momento nos encontramos en el Parque Nacional. Profesores Browm y Jansen, pueden ustedes ver cuanto quieran. Tomen las notas que crean oportunas. Procuraré dirigir nuestra nave en la forma que nos aproximemos todo lo más posible a las especies más características de nuestro océano.

Durante más de dos horas, las naves de los expedicionarios deambularon de aquí para allá, asombrando a los terrestres con las

maravillas que iban deslizándose ante sus ojos, como a través de una cinta mágica.

William y sus compañeros no olvidarían jamás aquel alucinante espectáculo. Las variadísimas formas de los habitantes del mar en su expresión más dilatada y asombrosa: desde el minúsculo pececillo apenas visible, hasta el cefalópodo, de enormes tentáculos y ojos fosforescentes.

Una gama, una variedad infinita de formas y colores se presentaba a los ojos asombrados de los terrestres que apenas si tenían tiempo de reaccionar ante cada nueva maravilla. Los hombres no se cansaban de tomar notas y dirigían constantes preguntas a Ylún y a los demás miembros de la expedición.

—¿Qué pez es ése? —preguntó William interesado por un ejemplar que tenía ante sus ojos.

—Es el cazador perezoso —dijo Ylún—. Al menos esa sería la traducción del nombre que nosotros le damos en nuestro idioma.

— ¡Sorprendente, sorprendente! —exclamó Browm.

—¿Dice que es el cazador perezoso? —respondió Dic.

—Sí. El nombre se debe a su especial manera de capturar sus presas. Por cierto, fíjense, fíjense… En este momento, va a atrapar a otro pez.

En efecto, cerca de aquel animal submarino, parecido a las medusas terrestres, pero cuyo peso sería aproximadamente de unos doscientos kilos, navegaba pacíficamente un pez de unos ochenta centímetros de largo, cuyo peso aproximado sería de cinco kilos. El pez que había estado nadando plácidamente a una distancia de diez metros del cazador perezoso, se sintió de pronto inmovilizado. Luego, sin moverse fue aproximándose hacia el cazador perezoso, merced a la gran fuerza de atracción de éste y, así, lentamente, se introdujo en sus voraces fauces.

—Es algo asombroso. No comprendo lo que ha pasado —dijo Jansen.

—Este pez —explicó Ylún— tiene un extraño poder. En un radio de unos quince metros puede conseguir paralizar todas las presas, merced a una sustancia que segrega su piel y que diluida en el agua impregna a sus posibles víctimas. Luego, posee un extraño poder de atracción, que todavía no hemos podido desentrañar, que hace que los peces que le sirven de comida, vayan deslizándose lentamente hasta introducirse en su boca. He aquí, el por qué le llamamos el

cazador perezoso.

—Sería maravilloso —dijo Jansen— que pudiéramos verlos más de cerca.

—Eso está hecho —contestó Ylún—. ¿Está usted dispuesto a salir al exterior del submarino?

—¿Yo? —dijo Jansen.

—Sí. Puedo proporcionarle un equipo especial de inmersión, para que se aproxime y lo vea con más detalle.

—Sí. Estoy decidido —dijo Jansen con los ojos llenos de emoción.

—Yo también —intervino Browm.

—Entonces, creo que lo mejor será que hagamos todos una salida al exterior —propuso William.

En pocos minutos, todos los terrestres que iban en la primera nave, como asimismo Ylún y el primer oficial de abordo, se vistieron con los perfectísimos equipos de inmersión, los cuales iban dotados, como en el caso del hombre de las canteras de coral, de un pequeño motor, que les permitía desplazarse velozmente en el medio submarino.

—¿Preparados? —dijo Ylún.

Los hombres que iban a salir al exterior hicieron una señal de asentimiento, poco después y por una escotilla automática salían al exterior.

Cada uno de los equipos de inmersión llevaba en la escafandra un poderoso foco que iluminaba una amplia zona del lugar donde se movían. Jansen y Browm apenas si cabían de gozo dentro de su equipo. Andaban de aquí para allá, acercándose lo más posible a las extrañas variedades de peces submarinos que veían.

Aunque Ylún procuraba que los expedicionarios estuviesen en continuo contacto, no pudo, sin embargo, evitar que Browm y Jansen se fueran distanciando, peí siguiendo unas extrañas especies de peces. Jansen se había alejado como unos doscientos metros de los expedicionarios. Ylún le envió un aviso a través de aquel maravilloso equipo emisor receptor de que estaban dotadas las escafandras.

—Profesor. No se aleje usted. Venga aquí.

—Ya voy. Ya voy.

Pero Jansen demoraba su regreso oteando en todas direcciones.

—Voy a ver esa montaña —dijo Jansen.

Y uniendo la voz al gesto se dirigió hacia un pequeño montículo ele unos ocho metros de altura construido por una extraña materia.

—-Vuelva usted profesor. ¡Vuelva!...

Pero ya Jansen se había posado sobre la pequeña montaña. Con ojos atentos intentaba descifrar el material de que estaba constituida. Luego, sacó un afilado cuchillo e intentó desprender con su punta una pequeña parte de aquella materia desconocida.

— ¡No lo haga!... ¡No lo haga! —gritó Ylún con desesperación.

En aquel mismo instante, lo que parecía un montículo se estremeció y un terrible remolino de agua azotó las profundidades submarinas. William, Dic. Ylún y todos los demás perdieron el equilibrio y fueron arrastrados por el furor de aquella vorágine.

Jansen había perdido, asimismo, el equilibrio y se encontraba en precaria situación. Lo que parecía un montículo era una gigantesca estrella de mar, que herida en un punto sensible por el cuchillo de Jansen se desperezaba con el poder inmenso de su terrible cuerpo.

Jamás los terrestres habían visto un menstruo semejante. Tendría unos treinta y cinco metros de diámetro por nueve o diez metros de altura. Espoleada por el pinchazo que le había dado Jansen con su cuchillo se revolvía enérgicamente, produciendo un remolino fatal para todos los que se encontraban en su proximidad. De pronto, pareció como si se enderezara sobre dos de sus tentáculos y una terrible boca apareció en la parte inferior correspondiente al centro de su cuerpo.

Jansen estuvo a punto de ser devorado en el primer intento del animal por deshacerse de su inesperado enemigo. Afortunadamente el mismo remolino de las aguas lo distanció un poco de aquella feroz caverna devoradora.

—¡Pronto, pronto! —dijo Ylún excitadísima—. Hay que acudir en socorro del profesor Jansen.

William y los demás terrestres se dirigieron hacia la estrella. Nadie sabía exactamente qué es lo que debían hacer para poderse enfrentar con aquel monstruo.

Ylún les dio una voz enérgica.

—¡Quédense atrás! —y a toda marcha del motor que llevaba en la espalda se dirigió hacia el feroz animal.

Se quedó situada a cinco o seis metros del monstruo, que seguía

retorciéndose y produciendo aquel terrible remolino.

Rápidamente Ylún desprendió de su cintura un pequeño aparato y lo dirigió hacia la estrella marina. Un leve chorro de gas blanquecino salió de aquel instrumento y fue a dar en el enorme corpachón de la estrella de mar.

William vio con asombro cómo la estrella huía vertiginosamente del lugar que había ocupado antes.

Unos segundos después todo había terminado y sólo quedaban pequeños remolinos de agua, consecuencia dé las corrientes de agua establecidas por el furor de aquel enorme monstruo.

Rápidamente se dirigieron hacia el profesor Jansen, que apenas si se había podido reponer de su asombro y del tremendo susto que había pasado.

—Le dije que no se separara, profesor —reprendió Ylún,

—Nunca podría creer lo que he visto —dijo el sabio, absorto todavía por los acontecimientos que había vivido.

—¡Vámonos pronto a nuestra nave! —ordenó la muchacha.

En aquel momento se aproximaba el comandante del segundo submarino que, asimismo provisto de un equipo de inmersión, había salido en auxilio de sus compañeros.

—¿Te encuentras bien, Ylún?

—Sí, Vinko, todo va bien.

—¿Y los demás?

—Sí, bien. No ha pasado nada afortunadamente. —dijo la muchacha con voz entrecortada.

—Ha sido una imprudencia —dijo Vinko, mirando al profesor Jansen.

—Lo siento… Lo siento —apenas si pudo murmurar éste.

—Volvamos a las naves —ordenó el hombre.

Todos se dirigieron a las naves y unos minutos después se encontraban cómodamente instalados en el interior de las mismas.

Bien, ha sido un desdichado accidente, que afortunadamente, no ha tenido más trágicas consecuencias. —dijo William.

—Sí. Afortunadamente —respondió la muchacha

—El caso es —intervino Dic— que yo empezaba a encontrarme como el pez en el agua.

Todos rieron la broma del capitán, y un segundo después se había deshecho el hielo producido por el incidente.

—Lo que me sorprende —dijo— es la rabia inaudita de ese animal.

—Afortunadamente tenía a mano un vaporizador especial —dijo la muchacha—. Esas estrellas no pueden soportar el olor almizcle y lo que he hecho ha sido lanzarle un chorro de almizcle para obligarle a huir.

—Es muy ingenioso el procedimiento —contestó William.

—Y ahora, —continuó la muchacha— creo que por hoy ya tenemos bastante. Debemos regresar a nuestras bases.

El submarino describió un ángulo de ciento ochenta grados y a toda velocidad se dirigió hacia la base de partida.

CAPITULO IV

WILLIAM, Dic Browm y Jansen se encontraban reunidos. Las asombrosas maravillas que habían visto en los últimos días, les habían apartado por completo del objeto de su misión. En aquellos momentos, era William el que recordaba a sus compañeros la realidad de la situación en que se hallaban.

—Sí, querido profesor —decía, dirigiéndose a Jansen—, realmente todo esto es maravilloso, pero hemos de tener en cuenta que traemos una misión de la Tierra y que nuestros amigos y colaboradores en nuestro planeta deben estar extremadamente inquietos por la carencia de noticias que de nosotros tienen.

—Realmente, no lo había pensado, capitán —dijo Jansen—; son tantas las maravillas de la Naturaleza que veo aquí, tantas las notas que tomar, tantos aspectos de la vida en este planeta que registrar, que me había olvidado por completo de otra cosa que no fuera eso mismo.

—Pero tiene razón el capitán Kennedy —terció Browm—. Es preciso que digamos a estos amables seres que nuestra intención es establecer contacto con los terrestres. Espero que no se opongan a ello.

—Aunque no conozco las costumbres de estos pueblos, parece ser que la confederación de Samá está poblada por buena gente.

En estos momentos unos discretos golpes en la puerta de la habitación en que se encontraban les hizo romper el hilo de la conversación.

—Adelante —dijo William.

El recién llegado se presentó en pocas palabras.

—Soy un emisario de Ylún.

—Encantado. Pase, pase usted —insistió Browm.

—Me manda Ylún para decirles que tengan la bondad de reunirse con ella con la mayor brevedad posible.

—¿Sucede algo? —preguntó William preocupado.

—No lo sé. Sencillamente, transmito el mensaje que me ha dado.

Los cuatro terrestres decidieron no perder tiempo, y poco después, guiados por el mensajero, llegaban a la residencia de Ylún,

que los recibía con una sonrisa.

—¿Qué es lo que sucede, Ylún? —preguntó William impaciente.

—No es nada, capitán. Al menos nada grave —dijo la muchacha —. En primer lugar, les comunicaré que hemos tenido una reclamación diplomática por parte de la federación Sakchent. Ya les advertí yo que lo harían.

—No sabe cuánto sentimos haberles causado esta molestia —dijo en tono de disculpa el profesor Jansen.

—No tiene importancia —replicó Ylún—. De cualquier modo lo hubiéramos hecho.

—Supongo —terció William— que esto no les producirá mayores sinsabores.

—No. Hemos negado toda participación en el rescate de ustedes Claro que ellos no se lo han creído, pero han tenido que dar por buena nuestra explicación. En segundo lugar —continuó Ylún—, les he llamado para una cosa mucho más importante. Sus compañeros de la Tierra están intentando desesperadamente entablar contacto con ustedes.

Los cuatro hombres cambiaron el gesto de sus caras, mostrando un acusadísimo interés por esta noticia.

—Y ¿cómo ha sido eso? —preguntó William.

—Estamos captando un mensaje de la Tierra hace varias horas, sin embargo no hemos podido descifrar el más mínimo significado.

—Es que convinimos una clave para nuestras comunicaciones —dijo Jansen—. No era conveniente que los hombres de la Tierra conocieran las noticias desfavorables que pudiésemos enviarles con respecto a este planeta. Por ello, convinimos en emplear una clave. ¿Tienen ustedes ahí el texto del mensaje?

—No —dijo la muchacha—. Al no poderlo interpretar, no se nos ocurrió tomar nota escrita del mismo.

Jansen y Browm hicieron un gesto de contrariedad.

—Y ¿podríamos captar nosotros ese mensaje? —preguntó William.

—Sí, si vuelven a enviarlo.

—Entonces, ¿tienen la bondad de decirnos de qué medios nos podemos valer para ello?

—Ya está todo previsto. En el interior, es decir, en nuestra

ciudad de Samá, es imposible recoger estos mensajes. Disponemos de algunos equipos de superficie, es decir, algunas emisoras, en el exterior del océano, desde las cuales se capta perfectamente toda clase de mensajes venidos de otros mundos. He dispuesto una expedición para ir a una de estas bases y permitirles a ustedes esa comunicación con los suyos.

—Y ¿cuándo podemos realizar ese viaje? —dijo William con ansiedad.

—Ahora mismo, si ustedes quieren —respondió la muchacha.

—Entonces, vamos allá.

—Yo creo —intervino Jansen— que no debemos ir los cuatro en esa expedición. Hay que tener en cuenta que los demás miembros de la tripulación del «Tritón Volador» se encuentran aquí y podrían desmoralizarse al no ver a ninguno de nosotros.

—Es cierto. Creo —sugirió Browm— que puedo quedarme yo con ellos. Al fin y al cabo, aquí debajo hay muchas cosas que hacer y no estaría demás de que yo continuara la labor de tipo científico, mientras al mismo tiempo tranquilizo a los hombres de la tripulación con mi presencia.

Los otros tres hombres convinieron en lo acertado del razonamiento de Browm y, poco después, los tres terrestres se dispusieron a reemprender el viaje a la superficie de Atomón.

En esta ocasión, como en tantas otras, era Ylún la que capitaneaba la expedición. En un sumergible especial, dotado de gran autonomía, hicieron el viaje de ascensión hasta encontrarse en la superficie del océano. Luego, la nave emprendió la marcha velozmente, rozando apenas la superficie del agua, en dirección a su destino.

Ylún, que había permanecido silenciosa durante todo el trayecto, se dirigió hacia William.

—Este aparato está capacitado para emprender el vuelo y podría hacer el trayecto con más velocidad, pero es preferible no hacernos visibles, pues los hombres Sakchent no despreciarían la ocasión de devolvernos la jugada en la partida que hemos emprendido por ustedes.

Todos comprendieron la gran prudencia que encerraba el gesto de Ylún e hicieron un signó de asentimiento.

Durante más de media hora, la nave se deslizó velozmente, hasta que el piloto dio un informe a Ylún.

—Nos encontramos a escasa distancia de «B-Azul».

—Vaya, pues, frenando un poco la marcha.

La nave obedecía dócilmente a los mandos del piloto.

—¿Doy luces de situación? —preguntó éste.

—No. Es conveniente que nos acerquemos en la oscuridad. Quizá esto pueda ser beneficioso para nosotros si es que alguien está intentando espiarnos.

La nave, pues, avanzó silenciosamente. William oteaba desde el puesto de mando de la misma, esperando ver aparecer de un momento a otro el lugar de destino. En efecto, poco después vio perfilarse en la oscuridad la imponente estructura de ésta.

—Envíen una señal de vibración —ordenó Ylún.

Luego, en el aparato receptor se escuchó un claro zumbido.

—Han oído nuestra señal y nos contestan —dijo el encargado de las emisiones.

—Que preparen, pues, el dique para nuestra nave.

Nuevamente el encargado de accionar el emisor receptor, lanzó un mensaje inalámbrico y poco después recibía una contestación en sentido favorable.

Cuando los viajeros hubieron desembocado en la gran plataforma flotante que servía de base de sustentación al resto de la estructura, apenas si se percataron de la grandiosidad de aquella obra de ingeniería. Su emoción y su deseo de ponerse en contacto cuanto antes con los terrestres les impedía prestar atención a toda otra cosa que no fuera el encaminarse al equipo emisor-receptor, al objeto de descifrar el mensaje de los terrestres si es que continuaban emitiendo.

—Por aquí —dijo Ylún, a quien había saludado el jefe de la base.

Los terrestres y los dos seres de Samá se dirigieron hacia un pequeño ascensor que los condujo a lo alto de una torre de unos ochenta metros de altura. Allí desembocaron en una habitación circular, equipada profusamente con multitud de extraños aparatos.

—Esta es nuestra cabina de emisión y recepción —explicó la muchacha.

El encargado del equipo estaba intentando centrar algunos aparatos.

—¿Han seguido emitiendo, Sacksmo?

—Sí, Ylún, pero emplean un endemoniado lenguaje que soy incapaz de descifrar.

—¿Me permite que lo intente yo? —dijo William.

El interpelado accedió gustoso y poco después ponía en marcha el aparato. Al instante, los terrestres pudieron reconocer la voz de Carón que enviaba el mensaje cifrado.

William empezó a traducir mentalmente, según la clave convenida y, poco después, se levantaba con gesto de triunfo.

—Sí. Es nuestra base en la Tierra. He aquí el mensaje.

Los ojos de Jansen y Dic pudieron leer:

«Llamada convencional. Base Flotante llama a «Tritón Volador». Contesten».

—Comprendo la ansiedad de mi buen Carón —dijo Jansen.

—¿Podemos contestar a este mensaje? —preguntó Dic, dirigiéndose a Ylún.

—Desde luego que pueden hacerlo ustedes —dijo la muchacha —, pero dudo que puedan manejar ustedes estos aparatos.

El encargado del equipo se sentó en el cuadro de mandos.

—Dícteme a mí letra por letra y transmitiré el mensaje.

Rápidamente William tradujo a la clave un sencillo mensaje que decía:

«Tritón Volador» contesta a Base Flotante. Estamos bien».

El mensaje se repitió como una media docena de veces. Luego, se dio la palabra clave: «Espero».

Nuevamente volvió a escucharse la voz de Carón, y, así, los terrestres se pudieron poner en contacto con su lejana base en la Tierra, para alegría de todos y tranquilidad de sus espíritus.

Pasados los primeros momentos de emoción, William sugirió la necesidad de dar un informe algo más detallado sobre la situación suya en el planeta Atomón. Tomado el acuerdo, durante una hora se estuvo manteniendo contacto, en el que se relató sucintamente las peripecias del viaje.

Luego, fue Carón el que preguntó algunos informes accesorios en especial, solicitando algún dato sobre la lluvia de aerolitos que incesantemente caían sobre la Tierra. La contestación por parte de William fue en sentido negativo.

Poco después finalizaban la comunicación, conviniendo volver a establecerla durante las cuarenta y ocho horas siguientes.

—Bien. Por fin saben algo de nosotros en la Tierra. Lógicamente estaban preocupados —fue el comentario final de William.

—Ahora la preocupación empieza para nosotros —dijo Dic con sarcasmo.

—Me parece, capitán William, haberle escuchado algo sobre que el profesor Carón solicitaba algún dato sobre la lluvia de aerolitos que caen sobre la Tierra. ¿No es así?

—Sí. Es cierto —contestó el aludido.

Creo que tengo la clave para eso.

Todos los terrestres fijaron los ojos inquisitivos en aquella mujer.

—¿Sabe algo de eso?

—Sí. ¿Está decidido, capitán William a ver de dónele salen esos aerolitos?

—Estoy completamente decidido. ¿Puede llevarme allí?

—Espero que sí —fue la única contestación de la muchacha.

Poco después y tras despedirse del jefe de la base flotante, volvieron a embarcarse en el submarino, partiendo con rumbo desconocido.

CAPITULO V

LA nave submarina navego varias horas sobre la superficie del mar aprovechando la oscuridad de la noche. La última proposición de Ylún había sembrado cierta atmósfera de inquietud entre los terrestres. Browm y Jansen consiguieron abstraerse en una conversación científica sobre las muchas maravillas experimentadas en aquel planeta; mientras Dic y William permanecían en silencio y sólo cruzaban de vez en cuando breves palabras que pretendían disimular la preocupación que los embargaba. Ylún había cambiado sus alegres maneras de muchacha para adoptar un gesto severo y atender con precisión a la marcha de la nave. Los terrestres no se atrevían a interrumpirla convencidos de que la muchacha estaba realizando una tarea que sin duda alguna requería toda su atención.

Ya amanecía cuando Ylún se volvió hacia William y Dic para comunicarles brevemente.

—Nos vamos a sumergir. Estamos en una zona en que la navegación de superficie podría ser muy peligrosa para nosotros.

Estas palabras de Ylún a las que siguieron inmediatamente las órdenes de inmersión, turbaron todavía más el espíritu de los dos capitanes de la flota de los Estados Unidos. Por último, pudieron escuchar, no sin asombro, cómo Ylún ordenaba que se interrumpiera la marcha. El piloto obedeció y poco después Ylún se dirigió de nuevo a los terrestres.

—Debemos permanecer sumergidos. Estamos en zona que podríamos considerar enemiga, pues es de la jurisdicción de los hombres de la Confederación de Sakchent, con los que, como saben, estamos en una paz precaria. Hasta que no vuelva a oscurecer no saldremos a la superficie.

—Ylún —dijo William— creo que está corriendo usted riesgos por nosotros, a los que no sé si debemos acceder...

—¡No siga! —cortó Ylún—. No he de ocultarle que la empresa que hemos emprendido supone un riesgo; nuestra penetración en territorio Sakchent sin previo permiso, les autoriza a apresarnos o hundirnos.

—Siendo así —intervino Dic— ratifico la opinión de mi amigo William. No tenemos derecho a hacer que usted y sus hombres

corran semejante riesgo por nosotros.

—Es un riesgo necesario —replicó Ylún—. En realidad estamos nosotros tan interesados como ustedes en conocer con detalle las extrañas maniobras que los hombres Sakchent están realizando. Tenía órdenes de mi Gobierno de realizar esta expedición después de haberles llevado a ustedes a la Base Flotante para que descifraran el mensaje terrestre. El interés de ustedes .por esos «aerolitos» me ha hecho pensar que podían acompañarnos en la expedición. De todas formas, ahora estoy arrepentida de hacerles correr éstos riesgos, pues de la misma manera podía haberles informado si es que conseguía salir con bien de esta aventura.

—De ninguna manera —intervino William acaloradamente— Me alegro de que la situación sea como usted dice; pues esto descarga nuestras conciencias. Estamos dispuestos a correr la aventura juntos y procuraremos ser una ayuda en vez de un estorbo.

—Entonces no me queda más que decirles, que en cuanto oscurezca volveremos a salir a la superficie. Ahora estamos situados en una zona de profundidad en que difícilmente podrían detectarnos los hombres Sakchent con sus instrumentos; luego el riesgo será mucho mayor, pero no tenemos otra solución.

Después de estas palabras se aflojó la tensión en el interior del submarino. Durante las largas horas del día permanecieron en el punto elegido por Ylún y consiguieron matar el tiempo, unos con su insaciable curiosidad científica y otros generalizando más las cuestiones.

William se sentía especialmente curioso en cuanto respectaba a la vida de los hombres y mujeres en el planeta Atomón y muy particularmente en cuanto concernía a Ylún. A tal extremo llegaba su indiscreción que Dic Temple pasaba mil apuros para conseguir nivelar la conversación, evitando que Ylún sacase un mal concepto de William.

Así y todo parecía estar encantada con aquella conversación y se mostraba con una deliciosa franqueza.

—Supongo —decía William en aquel momento— que en este planeta existe también el amor ¿no?

—¿Es que acaso lo duda usted? —contestó la muchacha con una deliciosa sonrisa— ¿o es que cree que los hombres y las mujeres de Atomón somos unos «robots»?

—Yo no sé si será así —terció Dic— pero he de decir en honor de la verdad que si lo son, al menos los «robots» femeninos me

parecen encantadores.

La muchacha soltó una alegre carcajada

—¡Caramba, capitán Temple! yo creía que era usted un hombre de armas preocupado tan sólo con los pormenores de la extraordinaria expedición que han emprendido.

—No lo conoce usted, Ylún. Dic es un tenorio empedernido. Tenga usted mucho cuidado con él.

—No se preocupe, William, pero estoy segura...

—¿Acaso está usted... casada? —preguntó William con un ligero temblor en la voz.

La muchacha lo miró seriamente a los ojos y respondió sencillamente:

—No; todavía no.

William no pudo reprimir un suspiro de satisfacción.

—Aunque no tardaré en hacerlo —continuó la muchacha—. Las costumbres de mi pueblo establecen una edad determinada para casarse; yo la cumplo dentro de seis meses. A partir de ese momento tendré la equivalencia de un año solar para decidirme; si no lo hago he de decidir a qué cosa me dedicaré durante el resto de mis días.

—¿Entonces tiene usted ya novio? —preguntó Dic.

—Tampoco.

—¡Estupendo! —casi gritó William.

—¿Por qué estupendo?

Quiero decir...

Dic intervino oportunamente.

—William quiere decir, que es la cosa más extraordinaria que ha podido escuchar, ¿cómo una muchacha tan bonita como usted, puede estar sin novio?

La conversación siguió por estos derroteros hasta que uno de los oficiales del submarino comunicó a Ylún que el sol se había puesto en aquella parte del planeta.

—¡Entonces vamos a la superficie! —ordenó la muchacha.

Mientras la nave ascendía hacia el exterior, Ylún explicó su plan a los terrestres.

—Ahora les voy a dejar a ustedes durante algún tiempo. El resto del viaje lo haré en compañía de uno de mis oficiales; pues hemos

de emplear una pequeña canoa especialmente apropiada para intentar burlar la red detectora de la vigilancia de los hombres Sakchent.

—Pero eso me parece un riesgo demasiado grande —intervino William.

—No es la primera vez que nos enfrentamos con estos pormenores, y tenga la seguridad, capitán Kennedy, que no hay otra solución.

—¿Podríamos hacer ese viaje el capitán Temple y yo? —insistió William.

—Sería inútil, pues desconocen ustedes por completo la situación.

—'Pero yo me niego a dejarla sola —insistió William.

La muchacha quedó pensativa unos segundos.

—Está bien; si quiere puede sustituir al oficial que debía acompañarme.

—¡Me parece magnifica la idea! —contestó William con entusiasmo.

—Es lo más razonable —intervino Dic—. Debemos ir los tres.

Ylún cortó con un gesto de la mano y una sonrisa.

—Lo siento, capitán Temple, pero la embarcación sólo es apta para dos personas.

El naciente entusiasmo de Dic recibió una ducha fría con aquellas palabras. Por último se decidió que el viaje lo harían Ylún y William.

Poco después, la nave navegaba silenciosamente por la superficie, mientras los hombres de la tripulación del submarino aprestaban una ligerísima, pero potente canoa en la que tomaron asiento Ylún y William. Antes de partir, Ylún dio las últimas instrucciones.

— ¡Estaremos de vuelta dentro de tres horas como máximo. Si pasado ese tiempo no hemos vuelto, regresad a la Base!

—De acuerdo —dijo el primer oficial.

Luego Ylún explicó sus palabras a William:

—Estamos realizando una acción hostil a la Confederación Sakchent. Las instrucciones de nuestro Gobierno para estos casos son tajantes. Hay que evitar que un incidente se convierta en un

motivo de guerra entre nuestros pueblos. Si caemos prisioneros o nos atacan, nosotros solos debemos defendernos y considerar nuestra actitud como un acto puramente personal, por ello, la presencia de una de nuestras naves submarinas ha de rechazarse totalmente.

—La cosa está clara —dijo William—; espero que todo nos salga bien.

Luego, tras una breve despedida, la pequeña embarcación salió disparada a gran velocidad hacia el misterioso objetivo propuesto por Ylún.

CAPITULO VI

WILLIAM tuvo que adaptarse rápidamente al manejo de la embarcación, como asimismo de los instrumentos de control de la misma, al objeto de auxiliar debidamente a Ylún. Durante más de media hora la pequeña embarcación surcó la superficie del agua con la asombrosa velocidad de 800 kilómetros por hora. Luego, Ylún fue aminorando la marcha.

—Nos encontramos muy cerca de nuestro objetivo, capitán.

—Lo que no comprendo es qué vamos a conseguir con esto. La oscuridad es tan impenetrable que ni aun a cinco metros de distancia podría precisar la forma de un gran transatlántico.

Ylún contestó sin levantar los ojos de los instrumentos que consultaba:

—Ese es un problema que tenemos resuelto de antemano.

Luego, quitó la cubierta de una pequeña prominencia que se encontraba en la parte anterior de la canoa y William vio que se trataba de una especie de faro como los utilizados por los automóviles terrestres.

—Me parece una temeridad el utilizar una luz si es que nos encontramos en territorio enemigo.

—Tome —dijo Ylún alargándole unas gafas oscuras parecidas a las de los motoristas—; cuando yo le diga, póngaselas.

Luego, dedicó su atención a un pequeño cuadro de mandos del que salían unos hilos que se conectaban en el faro; por último, hizo girar un interruptor. William creyó que iba a ver salir un haz de luz de aquel faro reflector, pero quedó defraudado, pues no sucedió nada semejante y solamente escuchó un sordo zumbido.

—Ahora, póngase las gafas —ordenó la muchacha mientras ella hacía lo mismo con otras semejantes.

William así lo hizo, y fue tal su asombro, que estuvo a punto de soltar una ruidosa exclamación, que afortunadamente pudo reprimir a tiempo. Su asombro no tenía límites, pues ante sus ojos veía, perfectamente iluminada, una inmensa estructura flotante sobre la superficie del mar a la distancia de unos trescientos metros

Se trataba de una plataforma flotante de aspecto circular que

tendría unos dos kilómetros de diámetro, sobre la cual se levantaba una estructura de torres y edificios, verdadera obra maestra de la ingeniería. Aquella plataforma flotante estaba animada por el movimiento de gran cantidad de seres dedicados a distintas misiones.

La visión le pareció tan fantástica que por un momento se quitó las gafas de los ojos, con el resultado de ver de nuevo la oscuridad más impenetrable alrededor suyo.

—¡Si no se pone las gafas no verá nada! —oyó cómo le decía la muchacha.

—Es que ha sido tan asombroso —dijo William con un susurro mientras volvía a colocárselas—. Lo que no comprendo es cómo no nos han descubierto ya. El simple timbre de nuestra voz puede haber delatado nuestra presencia.

—No se preocupe por eso, capitán. En realidad, nos encontramos a más de dos kilómetros de esa base Rotante. Las gafas que llevamos son telescópicas y nos permiten salvar esa distancia; hasta parece que estamos encima de ellos. Asimismo la luz del reflector es una luz invisible, invisible para ellos, como lo es para nosotros cuando no empleamos las gafas.

Estas palabras tranquilizaron a William y se dedicó con absoluta atención a observar aquella plataforma flotante. Al parecer, estaba equipada con una gran dotación de hombres que se movían incesantemente atareados.

—¿Puede saberse qué es lo que hacen? —preguntó.

—Sospecho que los hemos pillado en plena tarea. ¿Ve usted aquella plataforma inclinada que hay a la derecha?

—Sí —contestó William.

—No la pierda de vista, pues ahí reside el secreto que a usted le interesa.

En aquellos momentos los hombres que se movían incesantemente en las diferentes dependencias de la plataforma parecieron quedar inmovilizados. William centró más que nunca su atención en la rampa inclinada que le había indicado Ylún. A sus oídos llegaba el lejano rumor de un penetrante silbido. Un canal semicilíndrico que cruzaba la rampa inclinada en sentido longitudinal se iluminó durante una fracción de segundo con un vivísimo destello rojo. William pudo ver que aquel destello se desprendía de la rampa siguiendo una trayectoria ascendente para

describir luego una gran curva y emprender un veloz camino en dirección contraria a la de su lanzamiento.

Estaba atormentando su mente para dar una explicación a aquello cuando la voz de Ylún vino a aclararle el enigma.

—Ahí tiene usted, capitán, a sus famosos «aerolitos».

—¿Quiere usted decir que se trata de ingenios construidos por el hombre?

—Así es. El lanzamiento se inicia debajo del agua, al objeto de que el combustible entre en la máxima ignición sin que el proyectil adquiera la velocidad que tendrá después en el espacio; luego, sale de la superficie y deslizándose por la estría de la plataforma sufre un nuevo impulso electrónico y emprende un fantástico vuelo regulado a distancia por el observatorio de la base flotante.

—Estoy asombrado —fue lo único que pudo replicar William.

—Hace algún tiempo que tenemos noticias de estos extraños lanzamientos, capitán. Hemos recogido multitud de informes sobre ellos, pero nada claro hemos podido sacar en consecuencia. Lo único que sabemos es que son ingenios fabricados por los hombres «sakchent» y que su objetivo es la Tierra.

—¿Pero qué demonios pretenderán? Según nuestros instrumentos de control, todo ellos han ido a caer en medio del Océano, sin que se haya producido explosión alguna que pudiera demostrar las intenciones agresivas de esos seres.

—Nosotros sabemos lo mismo, capitán. Lo único que puedo hacer para ampliar sus conocimientos sobre el asunto es mostrarle cuando regresemos algunas fotografías que hemos conseguido sacar gracias a máquinas fotográficas especiales.

Durante varios minutos. William siguió observando aquella fantástica plataforma flotante mientras procuraba grabar en su memoria los detalles que le parecieron más interesantes.

Por segunda vez vio el lanzamiento de uno de aquellos ingenios; luego, Ylún rompió el hilo de sus meditaciones.

Debemos regresar. Prolongar la estancia en estos alrededores es acrecentar inútilmente el peligro que corremos.

Unos segundos después, la pequeña embarcación describió una semicircunferencia y emprendió velozmente el camino de regreso.

CAPITULO VII

DURANTE más de un cuarto de hora la pequeña embarcación surcó vertiginosamente las aguas mientras sus ocupantes guardaban el más absoluto silencio.

William pensaba profundamente en cuanto había visto y se sintió profundamente turbado al pensar que eran los hombres Sakchent los que provocaban aquella lluvia artificial de aerolitos sobre la Tierra. Nada bueno podía presagiar aquello. En su mente se perfilaba la idea de ponerse en comunicación con Carón y el almirante Licester, al objeto de prevenirles del posible peligro que corría el planeta. Por su parte, Ylún iba absorta en el control de los instrumentos de la pequeña nave, poniendo sus cinco sentidos en el empeño de alejarse cuanto antes de aquella zona del océano bajo el control de la Confederación Sakchent

Un leve zumbido en uno de los aparatos con que estaba dotada la embarcación sustrajo a William de sus meditaciones.

—¿Qué sucede, Ylún?

—Es la señal de contacto con nuestro submarino. Voy a contestar.

Ylún pulsó por dos veces un diminuto botón, luego explicó a William:

—He dado la señal de haber recibido el contacto.

Aunque la embarcación está dotada con un poderoso equipo de radio emisor receptor, no me atrevo a utilizarlo; estoy segura de que cualquier mensaje sería captado por la estación de la base enemiga.

—¿Y acaso estas señales no podían ser captadas por sus instrumentos?

—Sí; a buen seguro que las han recibido ya; pero estas señales de vibración las reflejamos en distintas capas de la atmósfera, de forma que es difícil localizarnos.

En la oscuridad de la noche la tensión de aquellos dos seres iba en aumento. El motor de la canoa era totalmente silencioso y envolvía a los dos audaces expedición arios en un silencio sobrecogedor.

—Afortunadamente —dijo William— no hace el menor viento y podemos correr por la superficie del mar con toda seguridad.

Ylún no prestaba atención a las palabras de William, observando con extraordinaria fijeza una pequeña ampollita de cristal conectada al cuadro de mandos. De pronto la ampolla se iluminó con una luz azulada e intermitente.

— ¡Ya han dado la señal de alarma!

—¿Qué quiere decir, Ylún?

—Nuestro enemigo conoce ya nuestra presencia en esta zona.

—¿Y qué es lo que podemos hacer?

—Confiar en la suerte y huir a toda velocidad. Si tenemos la fortuna de que no haya ninguna nave enemiga por estos alrededores, quizás logremos escapar.

—¿Y de lo contrario, Ylún?

La muchacha miró serenamente a los ojos de William y éste pudo percibir, a pesar de la casi oscuridad total, un matiz mezcla de valor y angustia en la mirada de aquella mujer, que le aceleró los latidos del corazón.

—En ese caso, capitán, nada o muy poco podremos hacer para evitar a nuestros enemigos.

La pequeña ampolla de cristal refulgía casi continuamente iluminada con aquella luz azulada.

—Parece ser que nos encontramos en una zona bastante poblada por naves enemigas.

William aguzó la mirada y vio una mueca de ansiedad en aquella cara tan deliciosamente suave en otros momentos. Con un gesto natural y cariñoso le pasó el brazo por los hombros y atrajo hacia sí a la muchacha.

—Ylún…

La joven levantó sus ojos hasta fijarlos en los de William.

—Ylún; le pido que me disculpe por la parte que pueda corresponderme en el riesgo que usted está corriendo en estos momentos.

—No diga eso, capitán —cortó la muchacha suavemente.

—De cualquier forma que sea, tenga la seguridad de que lucharé hasta el último segundo por defenderla.

Una suave sonrisa iluminó los labios de la muchacha.

—Gracias... William.

Este no pudo evitar el estrecharla contra su pecho con cierta vehemencia. Ylún no se opuso a este acto y por el contrario apoyó su cabeza unos segundos en el amplio pecho de William.

—No es un mal compañero para correr quizás la última aventura de la vida —musitó la muchacha.

En el corazón de William se atropellaban los sentimientos tumultuosamente. De pronto pareció como si nada existiese alrededor de ellos, dejó de estar presente en su mente la próxima presencia del enemigo, la asombrosa Base Flotante de los hombres Sakchent, incluso pareció olvidar el objeto de su visita a aquel planeta. Para él no existía más que aquella muchacha que insensiblemente había ido penetrando en su corazón y a la que en estos momentos se daba cuenta de amar profundamente. Con un suave gesto de la cabeza posó sus labios sobre los de la muchacha que respondió al gesto afectuoso de William con inesperada energía. Durante unos segundos permanecieron los dos seres abrazados como si de uno solo se tratara. Desde lo más profundo de su ser se sintió invadido de una poderosa desesperación que le impulsaba a querer enfrentarse con sus enemigos para defender al más preciado tesoro que había encontrado en aquel planeta.

—Creo —dijo la muchacha volviendo a la realidad— que están intentando localizarnos; las señales luminosas me indican que se va estrechando el cerco.

—¿Pero no podemos esquivarlos valiéndonos precisamente de esas señales que probablemente dan su situación?

—Sí; —respondió la muchacha— en este cuadro de control tengo localizados perfectamente a nueve naves enemigas; pero es una vieja treta de la estrategia militar de nuestros pueblos el desconectar a varias naves del círculo que se va formando al objeto de que no sean localizadas por el enemigo. Estoy segura de que varias embarcaciones Sakchent están actuando independientemente de las que nos buscan organizadamente. Se les habrá dado aproximadamente nuestra situación e intentarán detectarnos con sus aparatos.

Apenas había terminado estas palabras cuando escucharon un agudo silbido que terminó en una tremenda explosión a unos 50 metros de donde se encontraba la pequeña canoa.

—¡Ya nos han descubierto! —casi gritó la muchacha.

—¡Cambia el rumbo en seguida, Ylún!

—Eso hago; pero no podremos escapar.

Un segundo después un poderoso reflector barría la superficie del agua hasta localizar la embarcación que tripulaba Ylún; ésta comenzó un zig-zag endiablado intentando escapar de aquel haz luminoso; pero era inútil. Lo único que conseguía era dificultar la puntería de sus enemigos, que interrumpían la marcha de la rápida canoa con tremendas explosiones que se sucedían a un ritmo rapidísimo.

—¡No podemos escapar de estos malditos rayos de luz! —murmuró William desesperado.

La muchacha seguía manejando los mandos con maravillosa habilidad, pero todo era inútil. La nave que llevaban sus perseguidores se adaptaba perfectamente a la velocidad de la pequeña embarcación, y su poderoso haz luminoso los localizaba con absoluta perfección. Desde la nave enemiga se hacía fuego continuo con armas de trayectoria aérea, mientras al mismo tiempo se lanzaban andanadas de pequeños torpedos que Ylún esquivaba casi milagrosamente.

—¡No conseguiremos nada, Ylún! —rugió William'—. ¿Es que esta nave no dispone de armamento?

—Sí —dijo la muchacha sin apartar los ojos de la superficie iluminada por la que llegaban los enjambres de pequeños torpedos —, pero es inútil todo. Aparte de las armas cortas que hay en ese pequeño departamento de la izquierda, la lancha dispone de dos torpedos, cuyos tubos de lanzamiento están en la parte inferior de la misma.

—Poco podemos hacer con ello; de todas formas hay que intentarlo —dijo William a quien su ímpetu militar le tenía acostumbrado a intentar sacar el máximo partido de las posibilidades que las circunstancias le ofrecían.

—Podemos disparar nuestros torpedos —dijo la muchacha—, pero será como tirar dos tiros al aire.

William que había recuperado el absoluto dominio de sus nervios preguntó con voz enérgica como un latigazo:

—¿Cuál es el dispositivo de disparo?

—Esa pequeña palanca situada a estribor. No tienes más que empujarla hacia la izquierda y se dispara el tubo número uno; otro empujón a la derecha y se dispara el número dos.

En aquel momento una explosión producida a escasamente dos

metros de la embarcación estuvo a punto de hacerla zozobrar.

—¡No hay tiempo que perder! —dijo William—. No huyas más delante de nuestros enemigos.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Da una vuelta lo más rápidamente posible al objeto de sorprenderles y dirigirte a toda velocidad hacia la nave enemiga.

La muchacha comprendió al instante la estrategia de William. Sorteó como pudo otra pequeña andanada de torpedos y girando el volante 180 grados, puso proa a la nave contraria.

—¡A toda velocidad, Ylún!

La muchacha obedeció y la ágil embarcación se dirigió a una velocidad de vértigo contra la nave contraria. De momento, la sorpresa causada al enemigo hizo que los disparos de éste quedaran muy atrás de su objetivo.

—¡Hemos conseguido desorientarle! —gritó William con un aire de triunfo en la voz—. ¡Sigue en dirección al reflector!

La distancia se fue acortando rápidamente; William empuñó con firme ademán la palanca y se dispuso a disparar. En este preciso instante el enemigo apagó el proyector que servía de referencia para aquel inesperado ataque; pero era demasiado tarde, William había hecho el disparo y una trayectoria fosforescente indicaba el camino seguido por el torpedo.

Los dos tripulantes de la pequeña embarcación contuvieron el aliento mientras miraban como hipnotizados la trayectoria recorrida por el veloz ingenio mortífero. Poco después, se producía una tremenda explosión por cuyo relampagueo pudieron ver, por una fracción de segundo, la silueta de la nave enemiga alcanzada de pleno por el disparo. Ylún varió el rumbo 90 grados y se alejaron a toda velocidad, mientras el silencio más impresionante dejado a sus espaldas les advertía de la eficacia de la audaz maniobra ideada por William.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Ylún alborozada

Mas sus palabras quedaron cortadas a flor de labios cuando un nuevo haz luminoso los envolvió en su luz potentísima.

—¡No perdamos tiempo, Ylún! Pon proa a esa nueva embarcación.

La nave enemiga disparó una cerrada andanada contra la canoa; uno de los proyectiles estalló tan cerca de la popa, que estropeó la

salida del tubo de propulsión. William no lo pensó ni un instante más; empujó hacia la derecha y el segundo torpedo salió casi a la superficie del agua, emprendiendo veloz carrera con su mensaje de muerte; pocos instantes después estallaba con gran estruendo, habiendo alcanzado a su enemigo.

Los dos fugitivos quedaron en suspenso aguzando el oído y de lejos les llegó el murmullo inconfundible que les indicaba que la nave enemiga se estaba hundiendo.

La canoa había perdido toda su capacidad de navegación y se bamboleaba dulcemente a impulsos del ligero oleaje que las propias naves habían producido.

William e Ylún se quedaron inmóviles sin haber tenido tiempo de reaccionar todavía tras aquella infernal lucha en la oscuridad. Fue el hombre el primero en reaccionar.

—¿Crees que podremos arreglar la embarcación?

—No, William. Han sido totalmente destrozados los tubos de propulsión —contestó la muchacha.

—Pero no podemos detenernos aquí.

—No tenemos otra solución.

La muchacha miró el cuadro de mandos y comprobó que afortunadamente el equipo emisor estaba intacto.

—Creo que hemos perdido la partida, William; tarde o temprano darán con nosotros.

—¿Qué podemos hacer, Ylún?

—Yo tengo que seguir las órdenes de mi Gobierno. Voy a dar la señal de peligro a nuestro submarino para que regrese a la Base de Samá.

William aceptó resignadamente la situación. Era militar profesional y sabía la importancia que tenía el obedecer las órdenes.

La muchacha manipuló en el equipo emisor y emitió un mensaje, esta vez sin tomar precaución ninguna.

—Atención nave «B-4». Situación desesperada. Regresen.

Luego intentó conectar el receptor pero vio con sorpresa que estaba estropeado.

—Tal vez es mejor así —dijo a manera de justificación—. Después de todo hubiera sido difícil entablar un diálogo con nuestros amigos.

William atrajo hacia sí dulcemente a la muchacha y la abrazó con efusión. En este mismo instante, un nuevo reflector posaba su rayo de luz sobre aquellos dos seres que se habían encontrado mutuamente cuando las posibilidades de existir eran casi nulas.

CAPITULO VIII

DIC se encontraba profundamente conmovido ante el desarrollo de los últimos acontecimientos. Hacía más de media hora que intentaba establecer contacto con la canoa de Ylún y William, sin obtener el menor éxito.

Cuando se recibió la llamada de peligro, una profunda consternación había invadido a todos los tripulantes y pasajeros del submarino. El primer oficial había ordenado repetidas veces intentar establecer de nuevo contacto al objeto de conocer detalladamente la situación, pero todo era inútil.

—Mire usted, capitán, es inútil. Quizá el equipo receptor se les haya estropeado.

—Bueno... pero debemos hacer algo. Yo creo que es preciso insistir.

—Y ¿a qué atribuye todo esto? —preguntó Jansen.

Aunque me resulte penoso el pensarlo, creo que han tenido un encuentro con nuestros enemigos —dijo el primer oficial—. Ylún no hubiera enviado el mensaje de peligro de no encontrarse en una situación verdaderamente desesperada.

—Pero no lo comprendo. ¿Cómo puede suceder una cosa así entre dos países que no se encuentran en estado de guerra? —intervino Dic, acaloradamente.

—Creo que ya se lo ha explicado Damak. Una guerra total es casi imposible entre nuestros pueblos. Sin embargo, distintos conceptos de la vida entre la Federación de Samá y la de Sakchent, tienen como consecuencia innumerables rozaduras que a veces se resuelven de una forma cruenta, aunque por ambas partes procuramos limitar los conflictos.

—¿Quiere decir esto que si Ylún y William son aprisionados o muertos, no se exigirá responsabilidad ninguna a la Confederación de Sakchent? —interrogó el profesor Jansen.

—Así es, profesor —contestó el primer oficial—. Aun sintiéndolo mucho, tendremos que obrar como si no hubiera sucedido nada.

—Yo creo —dijo Dic, que procuraba contenerse, al objeto de no estropear su plan— que podemos hacer algo por nuestra parte, es

decir: por nuestra cuenta. Quizá William e Ylún hayan tenido un encuentro, pero no se hallen ni prisioneros ni muertos. Tal vez se les ha estropeado la canoa y se encuentran incapacitados para volver con nosotros.

—Es una probabilidad muy remota, pero no podemos correr el riesgo de comprobarlo —dijo el oficial.

—Podemos aventurarnos un poco más en territorio enemigo —insinuó Jansen—. Tal vez los encontremos a la deriva y podamos resolver la situación sin mayores complicaciones.

—Usted perdone, profesor, pero las órdenes que tengo son tajantes. Ustedes mismos pudieron oír las instrucciones de Ylún.

Dic adoptó un aire de severidad para dirigirse de nuevo al oficial.

—Mire usted; yo también soy militar. En la Tierra sabemos el valor que tienen las instrucciones dadas por el Alto Mando y las cumplimos, pero consideramos que el hombre no es meramente un autómata y hay veces que la iniciativa personal también cuenta para valorar una empresa. Con plena responsabilidad le pido que intente encontrar a William y a Ylún.

El oficial dio un aire más severo a sus facciones y contestó escuetamente.

—Lo siento, capitán; pero es imposible.

Jansen y Dic se lanzaron a una atropellada discusión con el objeto de convencer al testarudo oficial, pero todo fue inútil.

—Está bien —dijo Dic— comprendo que tenga usted empeño en cumplir las órdenes recibidas, pero tanto el profesor Jansen como yo no nos debemos a las disciplinas de la Confederación de Samá y somos dueños de nuestros actos y nuestra vida. Si no nos hace usted prisioneros queremos ir en busca de nuestros amigos. Deme usted otra canoa como la de Ylún y abandonaremos el sumergible.

Al decir esto, Dic consultó con la mirada a Jansen que hizo un entusiasta gesto de asentimiento.

—Tiene razón el capitán Proporciónenos usted esta canoa e indíquenos aproximadamente la orientación en que deben encontrarse nuestros amigos y nosotros correremos todo el riesgo.

—Comprendo la actitud de ustedes —dijo el oficial—, pero tampoco eso es posible. En nuestra nave no disponemos de otro vehículo semejante. Solamente tenemos algunas canoas ligeras, con las cuales no podrían ustedes aproximarse remotamente al lugar en

que se encuentra William e Ylún. Tengan en cuenta que la velocidad de la embarcación suya es cincuenta veces mayor que la de las otras que tenemos aquí. No disponemos ni de combustible suficiente para aproximarnos al lugar desde donde nos han enviado la señal de alarma.

Dic y Jansen se sintieron profundamente abatidos al escuchar al oficial. El profesor intentó intervenir nuevamente, pero un gesto de Dic le obligó a detenerse.

—Está claro, profesor, que no hay nada que hacer.

—Pero Dic, nosotros no podemos...

—No insista, profesor —cortó Dic, con voz lejana, mientras su mente trabajaba a toda velocidad como persiguiendo una fugitiva idea.

—Me alegro de que lo comprenda usted así, capitán —dijo el oficial—. Yo mismo siento profundamente el tener que abandonar la empresa. Conozco a Ylún hace muchos años. Ha sido jefe de nuestro comando durante mucho tiempo y se ha hecho acreedora del cariño y de la admiración de todos los hombres a su mando. Pero hay cosas que están por encima de los propios sentimientos.

—Está bien, está bien —musitó Jansen—, ¿Qué es lo que debemos hacer, pues?

—Volver inmediatamente a nuestra Base.

Poco después el oficial daba las órdenes necesarias al piloto para emprender el camino de regreso.

CAPITULO IX

WILLIAM e Ylún permanecieron estrechamente abrazados, mientras el haz de luz los hacía bien visibles a los ojos de sus desconocidos enemigos. Un agudo silbido cruzó el aire y una explosión se produjo a pocos metros de la pequeña embarcación.

Ninguno de los dos seres hizo el menor movimiento.

Mientras tanto en la nave enemiga se sacaban lógicas conclusiones de la situación:

—Comandante, parece ser que los tenemos a nuestra merced.

—Sí —replicó el aludido—. Las dos explosiones que hemos escuchado han agotado la dotación de torpedos que tiene esa canoa. Ahora mismo no han respondido a nuestro primer disparo y parece que la embarcación se encuentra a la deriva.

—¿Los hundimos? —preguntó el oficial.

—No. Creo que no hay peligro en cogerlos prisioneros. Será un buen motivo para exigir seria responsabilidad a la Confederación de Samá.

Luego el hombre tuvo un brillo especial en la mirada y continuó con voz sentenciosa.

—Ya va llegando el momento en que demostremos a ese pueblo orgulloso que la Confederación de Sakchent tiene derecho a ejercer su dominio sobre todo el planeta.

Luego, dirigiéndose al segundo oficial, le dio una orden:

—Acerquémonos lentamente hacia donde están nuestros enemigos. Tened todas las armas preparadas y al menor indicio de resistencia haced fuego sin compasión.

La nave fue acercándose lentamente hasta detenerse a unos quinientos metros de la pequeña embarcación de nuestros héroes. Luego, se botaron al agua seis canoas que describieron un amplio círculo que fue estrechándose hasta confluir sobre la canoa inutilizada.

William deshizo el abrazo de Ylún y se volvió con gesto furioso contra sus aprehensores. Dos hombres que habían saltado a la canoa fueron recibidos por la desatada furia de William. Desprevenido el primero de ellos fue lanzado al agua de un poderoso puñetazo a la

barbilla y el otro se lanzó sobre William, rodando ambos por el suelo y forcejeando hasta que un cabezazo de éste lo derribó en el fondo de la canoa. Ya se disponía William a arrojarlo por la borda, cuando seis y ocho hombres más se abalanzaron sobre él. Ylún contemplaba desde un rincón la fiera pelea y, aún en la angustia de su corazón, se sentía admirada por la energía de aquel hombre que tan bravamente luchaba, aún contra toda esperanza. Otro de los atacantes cayó al agua y luego un tercero, pero la superioridad numérica se fue imponiendo y al final William se encontró totalmente inmovilizado y con la cara pegada contra el fondo de la embarcación.

—Está bien —dijo el jefe del grupo—. Atadlo. Y si intenta resistirse de nuevo, matadlo.

Con gran celeridad dos hombres se dedicaron a atar a William en pocos segundos lo incapacitaron totalmente para hacer el menor movimiento.

Luego, el jefe del grupo se dirigió hacia William.

—En cuanto a ti, Ylún, espero que no intentes nada. Hace mucho tiempo que tenía ganas de enfrentarme contigo. Ten la seguridad de que no vacilaré en matarte como pretendas defenderte.

Ylún miró a aquel hombre con gesto de gran serenidad.

—Te conozco bien y sé que serías capaz de hacerlo. Los hombres de Sakchent saben perfectamente a quién encargan sus misiones. Hace dos años estuviste a punto de caer en nuestras manos y sólo un milagro te salvó; pero hay muchos seres en la Confederación de Samá que lloran la pérdida de sus familiares queridos, debido a tus constantes actos de terrorismo.

El hombre soltó una carcajada brutal.

—Me alegro de que tengas tan buena memoria. Nosotros también la tenemos. Eres uno de los platos más exquisitos que podemos ofrecer a nuestra Confederación… y, ahora, basta de palabras.

Dos hombres la cogieron desconsideradamente por los brazos y con no contenida violencia la trasladaron a una de las embarcaciones enemigas. Poco después los trasladaban al gran sumergible que, como un terrible cetáceo, se mecía suavemente en la oscuridad de la noche.

El comandante del navío no podía contener el gozo que se le reflejaba en los ojos.

—Ha sido una maravillosa pesca. Ha caído en nuestras manos la hembra del tiburón y por añadidura un cachalote que ha perdido los dientes —dijo mirando a William.

—Te puedes ahorrar todas las palabras —dijo Ylún—, orgullosa —. Has conseguido aprisionarnos, pero no conseguirás llevar el temor a nuestros corazones.

—Ya sé que no te atemorizas fácilmente, Ylún. Pero me gustará ver la cara que ponéis tú y tu amigo, cuando sirváis de pasto a nuestros cangrejos.

Cuando William oyó estas palabras, no pudo reprimir un estremecimiento de angustia. Por un segundo revivió en su mente la horrible escena de la que fue desgraciado protagonista uno de los hombres de la tripulación de el «Tritón Volador». Pasó ante sus ojos la imagen de aquel recinto circular, amurallado, de cuya arena surgían los misteriosos cangrejos blanquecinos, que con la brutal dentellada de sus poderosas pinzas habían seccionado una pierna del desdichado terrestre, para comérselo luego en pocos segundos...

Con gesto desesperado intentó desasirse de las ligaduras que lo aprisionaban. El comandante que lo observaba le dio una feroz patada ante aquella muestra de rebeldía.

—Esa red es demasiado fuerte para ti. Si no te estás quieto procuraré hacerte entrar en razón cariñosamente.

Y al decir esto volvió a darle otra patada que le hizo a William ahogar un grito de dolor.

—Bien —continuó el hombre—Llevadlos al interior.

Ylún y William fueron transportados hacia el interior de la nave, mientras el comandante daba las órdenes necesarias para dirigirse hacia su Base.

La nave comenzó a navegar pausadamente, mientras Ylún y William sentían sobre su corazón el peso de la irremediable situación en que se encontraban.

Durante más de dos horas la nave navegó sin alterar su marcha. Ylún pudo aproximarse a William, que se encontraba en violentísima situación, merced a las ataduras apretadas fuertemente por sus adversarios.

—¿Cómo estás, William?

—Yo estoy bien, Ylún. No te preocupes. ¿Y tú?

—Perfectamente. Cuánto siento que nuestra aventura haya

tenido este desenlace.

—Es preciso que no pienses en ello, Ylún. Hemos perdido y debemos saber perder con dignidad. No pienses en nuestros enemigos ni en lo que nos espera. Pensemos solamente en nosotros.

—Sí, William. Tienes razón. Quiero que sepas que he conocido en ti al hombre al que hubiera unido mi destino para toda la vida. Durante algunos años llegué a pensar que ningún hombre se adueñaría de mi corazón y bendigo al «Tritón Volador» que te ha traído a mi lado, y a todos los hombres de la Tierra que hicieron posible esa expedición para acercarte a mí.

William cuyo amor por la muchacha se había desbordado en aquellos dramáticos instantes, tragaba saliva en silencio al escuchar aquellas palabras de labios de la admirable mujer que tenía a su lado. Por un momento, sintió que su corazón se desalentaba y una terrible pesadumbre cayó sobre él; pero hizo un esfuerzo titánico de su voluntad, consiguiendo recuperarse. Quizás les quedaban pocas horas de vida y no quería que se encontraran enturbiadas por la tristeza y la desesperación. Ylún se portaba maravillosamente y él debía evitar cualquier circunstancia que impulsara a la muchacha a derrumbarse moralmente. Conocía la ferocidad de sus enemigos y sabía que no podían esperar de ellos la menor clemencia; pero ésta era una idea que debía evitar para que su nefasta presencia no perturbara su espíritu en los últimos momentos. Durante un buen rato, los dos seres estuvieron hablando ante la indiferencia de sus guardianes. Tanto a William como a Ylún les parecía que vivían en un mundo irreal, en el que no existían más que ellos dos. A través de sus palabras fue apareciendo la vida de los dos seres para entregársela mutuamente en un recuerdo del tiempo que habían pasado sin conocerse. Por extraño que parezca, esto llevó una gran serenidad a su espíritu.

—No temas ya por mí —dijo Ylún—. Ahora me encuentro perfectamente dispuesta a arrostrar lo que pueda venir.

William sonrió a la muchacha y ésta, sin poderse contener, se inclinó sobre él y le besó cariñosamente en la sien.

En aquellos instantes, pudieron oír cierta barahúnda entre los hombres de la tripulación del navío. La voz del comandante sonó enérgica y vibrante desde su puesto de mando.

— ¡Pronto! Preparados para la inmersión.

Los hombres se movían agitadamente ocupando cada uno su puesto para efectuar la maniobra ordenada por el comandante del

navío. Los que estaban en la superficie de él descendieron por las escotillas pneumáticas y poco después lo hizo el comandante.

—Doscientos cincuenta metros de profundidad.

La orden fue obedecida inmediatamente. Un vago rumor tumultuoso indicaba la entrada de agua en los tanques de inmersión

—Profundidad, doscientos metros —indicó el piloto.

—Está bien. Velocidad, doscientos kilómetros por hora —volvió a ordenar el comandante.

Ylún y William se miraron asombrados. No era natural la maniobra, puesto que se encontraban en aguas jurisdiccionales de Sakchent. Realizar el viaje sumergidos, parecía un consumo inútil de energía.

¿Qué podría haber sucedido para que aquellos hombres hubieran decidido continuar su camino tomando tales precauciones?

William no quería hacerse ilusiones; pero en su corazón comenzó a esbozarse una esperanza que, sin embargo, no se atrevió a comunicar a Ylún por si resultaba totalmente infundada.

CAPITULO X

SI Ylún y William hubieran visto lo que sucedía en el interior de la nave de Samá, que les había conducido al lugar desde donde el cual embarcaran en la pequeña canoa, no hubieran podido por menos que asombrarse.

Dic, con gesto diabólico, se encontraba de pie detrás del piloto, mientras que apoyaba en su cabeza una de las pequeñas, pero terribles armas de aquellos hombres.

El profesor Jansen apuntaba, asimismo, al resto de la tripulación, a la que obligaba a estar tumbada boca abajo en el suelo del submarino. Por otra parte, el primer oficial se encontraba fuertemente atado y en una situación muy poco cómoda.

Ante la situación tan desesperada en que se encontraban sus amigos Dic había visto la inutilidad de insistir con respecto al primer oficial para partir en su busca. De haber intentado violentar la situación lo más probable es que hubieran sido reducidos a la impotencia y a estas horas la nave se encontraría de regreso hacia su Base; pero Dic fue astuto.

Pareció acceder de buen grado a las apreciaciones del primer oficial, hasta que encontró la oportunidad de apoderarse de una de aquellas armas y reducir a la tripulación bajo la amenaza de la misma. El primer oficial se negó a dar las órdenes que de él solicitaba Dic, y el Profesor Jansen lo tuvo que atar y amordazar fuertemente. Luego, Dic ordenó al piloto que se situara a su puesto y que pusiera rumbo al lugar del desgraciado encuentro de William con sus enemigos.

—¿Cuál es nuestra situación? —preguntó una vez más Dic.

—-Nos encontramos a unos diez minutos de distancia del lugar desde el cual se mandó la señal de peligro —dijo el piloto.

—Creo lo más conveniente continuar el camino sumergidos.

Me es imposible realizar la maniobra yo solo —replicó el piloto.

—Está bien; ordene a los hombres que crea necesarios, realizar la maniobra.

El piloto vaciló unos segundos y dio tres nombres.

Tres de los hombres que estaban en el suelo, levantaron la

cabeza, pero volvieron a quedarse inmóviles ante la amenaza de las armas que esgrimía el profesor Jansen.

—Deje que se levanten, profesor.

—Señores —dijo cortésmente el profesor—, pueden ustedes levantarse.

Los tres hombres lo hicieron así y miraron hostilmente al profesor Jansen.

—Discúlpenme, pero son las circunstancias —dijo éste con una amistosa sonrisa—. Les doy mi palabra de honor de que me disculparé ampliamente cuando llegue el momento, por haberles obligado a permanecer en tan incómoda postura.

El piloto dio una orden en su extraño lenguaje y los tres hombres se dirigieron a manejar los instrumentos necesarios para sumergir la nave. Poco después, iban dando una serie de referencias al piloto hasta que éste dio una nueva orden:

—Nos encontramos a ciento ochenta metros de profundidad y creo que es suficiente para procurar burlar a nuestros enemigos y poder dar el máximo rendimiento de navegación.

—De acuerdo —dijo Dic.

Les tres hombres que habían hecho la maniobra a una indicación del profesor Jansen volvieron a ocupar el puesto que habían abandonado poco antes. La situación era de indudable violencia, pero Dic y Jansen habían decidido llevar las cosas hasta el fin. Para Dic, William o Ylún debían encontrarse a la deriva y no había por qué preocuparse ni temer que su acción tuviera fatales consecuencias. En todo caso —pensaba— si después de una amplia incursión por el territorio enemigo no encontraban la embarcación de los expedicionarios, podían volver tranquilamente a su base flotante. Dic siempre había confiado en su buena estrella y pensaba que no tendrían ningún tropiezo de importancia que pudiera comprometer la seguridad de los hombres de Samá. De cualquier modo, la búsqueda de Ylún y William resultaba totalmente necesaria, pues el viaje de regreso a la Tierra se vería seriamente comprometido sin la participación de William.

En realidad, había sido extremadamente fácil reducir a toda la tripulación. Dic casi habría asegurado que se dejaban someter con cierta satisfacción.

En estas condiciones continuó la navegación hasta que la cabina de control localizó el bote abandonado sobre la superficie del mar.

Una rápida salida del submarino convenció a Jansen y a Dic del resultado de la tragedia. Cuando volvió a incorporarse este último al puesto de mando de la nave, un profundo gesto de desaliento se veía reflejado en su rostro.

—Bien. Creo que hemos perdido la partida.

El primer oficial de la nave como el resto de la tripulación miraron con ojos interrogantes a aquel hombre que tanta fortaleza había mostrado unos minutos antes y ahora se encontraba derrotado y abatido

—¿No están en el bote? —preguntó el oficial—. O, ¿acaso están muertos?

—No están —contestó secamente Dic.

—Entonces, no cabe duda de que han sido apresados por los hombres de Sakchent.

El primer oficial, a quien habían quitado la mordaza unos minutos antes, no pudo contener una exclamación de rabia.

—Pobre Ylún. Hacía mucho tiempo que tenían ganas de apresarla.

—Y ¿qué cree usted que les va a pasar? —preguntó Dic.

—Morirán. Y morirán de una manera horrible.

Dic quedó pensativo unos segundos; luego, aun a pesar suyo, tomó una determinación.

—Nos volvemos a nuestra base rápidamente.

—¿Por qué no me desata usted, capitán? —dijo el primer oficial sin que en su voz se pudiera advertir el menor rencor.

—Es cierto —dijo Dic.

Con gesto rápido liberó de sus ligaduras al primer oficial, que hizo algunas reflexiones para desentumecerse.

—Estoy dispuesto a afrontar la responsabilidad por el acto que he cometido —continuó Dic—. Pero aparte de eso quiero presentarle a usted mis más sinceras excusas. He obrado así, movido por las circunstancias.

—Lo comprendo —dijo amablemente el oficial.

Durante unos segundos, todos los miembros de la dotación guardaron el más profundo silencio. El primer oficial recorría con la mirada la cara de todos los presentes. El mismo se sentía turbado por la terrible noticia de la que acababa de tener confirmación. Por

último tomó una decisión.

—Muchachos —dijo dirigiéndose a todos los miembros de la tripulación—. Sabéis que nos encontramos en aguas jurisdiccionales enemigas; sabéis que nuestro jefe Ylún y el capitán William Kennedy han sido hechos prisioneros y que si nos tropezáramos con el enemigo correríamos una terrible suerte. De tal modo, que primero tendríamos que hundir la nave que dejarnos hacer prisioneros. En esas condiciones ¿estáis dispuestos a seguirme para intentar el rescate de Ylún y el capitán Kennedy?

Todos los hombres de la tripulación respondieron con un sí unánime. Dic había levantado la cabeza asombrado ante aquellas palabras. El primer oficial recibió su mirada con un gesto de franca camaradería.

—Sí, capitán Dic. Vamos a intentar rescatarlos. La situación no puede ser más comprometida de lo que es. Nos encontramos en pleno corazón enemigo y lo mismo podemos ser descubiertos en nuestro camino de regreso que si insistimos en merodear por estos alrededores Así que ya que corremos el riesgo, por lo menos lo aprovecharemos para intentar rescatar a sus amigos.

Dic y Jansen no pudieron contenerse y se lanzaron a abrazar efusivamente al primer oficial, mientras el resto de la tripulación abandonaba la precaria situación para ocupar cada uno el lugar que le correspondía en el manejo de aquella admirable nave submarina.

—Nuestro plan es bien sencillo —explicó el primer oficial—. Si han conseguido hacer prisioneros a nuestros amigos, a estas horas estarán navegando en dirección a su base. Pueden seguir dos caminos: uno en dirección noroeste y otro en dirección oeste. Para llevar el segundo tienen que pasar por encima de una gran barrera coralífera, lugar en el cual es muy peligrosa la navegación. El primer camino, en cambio es más largo, pero más sencillo y seguro. Suponiendo que el enemigo no tendrá motivos para sospechar que vamos en su persecución, lo más lógico es que haya emprendido el primer camino, al objeto de doblar la barrera coralífera por el extremo norte. Nosotros podemos intentar atravesarlo en dirección oeste y si conseguimos hacerlo sin novedad, quizá podamos atajarlos cuando ellos vayan a doblar la barrera por el lado septentrional Esto nos permitiría recuperar la ventaja que nos llevan.

—No habiendo otra posibilidad, me parece magnífico el plan —dijo Dic—. Vamos a intentar atravesar esa barrera y si lo

conseguimos, ya veremos la manera de enfrentarnos con los aprehensores de William e Ylún.

Poco después, las órdenes se sucedían rápidamente y los hombres obedecían con absoluta disciplina a la maniobra.

El submarino inició su camino hacia la barrera coralífera a toda velocidad, en una desesperada carrera, en la que no sabía siquiera si había contrincante posible.

Los minutos fueron pasando y pronto sobre todos los hombres descendió un estado de ansiedad apenas incontenible. Por fin, la cabina de control dio un informe.

—Nos encontramos ante la barrera de coral. Nuestro radar la detecta perfectamente.

A partir de aquel momento, Dic pudo convencerse de que el oficial que mandaba aquella embarcación era uno de los expertos más grandes que había conocido en su vida. Las indicaciones de los aparatos de control ampliadas por alguna explicación del primer oficial, mostraban a los ojos de Dic la gran dificultad existente en salvar aquella barrera coralífera. Se trataba de una muralla de quinientos ochenta kilómetros de larga y que, desde sus raíces en el fondo del mar llegaba en muchos sitios a sobresalir la superficie. La nave tenía que navegaba veces a ras de agua, cuidando no chocar con los Conglomerados coralinos que se deslizaban siniestramente apenas unos centímetros por debajo del casco. En otras ocasiones tenían que hundirse y atravesar aquel tremendo obstáculo por túneles abiertos naturalmente en el mismo y con la sola guía del radar. Durante más de una hora el submarino fue realizando increíbles maniobras que ponían a prueba la pericia de toda la tripulación.

Por último, el primer oficial pudo dar una grata noticia a todos los que iban en el submarino.

—Hemos conseguido pasar la barrera.

—Entonces, ahora podemos ir al encuentro de los posibles raptores ¿no es así?

—Sí. Si en realidad han sido hechos prisioneros, la nave habrá doblado ahora la parte septentrional de la barrera coralífera. Si seguimos esta dirección —continuó indicándolo en el mapa—, es probable que les interceptemos el paso a unos trescientos kilómetros del lugar que nos encontramos. Si esto sucede, esperamos que podemos resolver la situación, aunque no sé de qué manera lo conseguiremos.

Después de estas palabras, el submarino tomó la dirección indicada por el primer oficial.

Dic y Jansen rezaban mentalmente una oración para pedir al Cielo que las predicciones del primer oficial no resultaran equivocadas.

CAPITULO XI

YLÚN y William se habían quedado altamente sorprendidos al oír la orden de inmersión dada por el comandante del navío que les había apresado. Una mirada interrogante se cruzó entre los dos y concentraron su atención sobre los hombres del navío, para ver si podían deducir a qué causas obedecía aquella súbita orden de inmersión. Ylún escuchaba atentamente las rápidas órdenes que se sucedían y un brillo de esperanza iluminó sus ojos.

—¿Entiendes lo que dicen? —preguntó William.

— Sí —dijo la muchacha con un susurro—. Parece ser que temen a alguien.

—Bueno, y ¿sabes de quién se trata?

—No puedo decírtelo concretamente, William. Me sorprende sobremanera que alguna nave pueda andar por estos alrededores. Esto va contra los principios establecidos por nuestro Estado Mayor.

Pasaron algunos segundos y la sospecha se fue confirmando en el espíritu de la muchacha.

—De todas maneras, me parece que huyen de algún enemigo.

—¿Crees que puede ser el barco desde el cual salimos nosotros con la canoa?

—No puedo decírtelo, William. Mucho tenía que haber sucedido para que nuestro submarino hubiera salido a buscarnos. En realidad, no puedo comprender de qué se trata, pero es indudable que están intentando huir de un peligro.

Los hombres encargados del equipo de control a distancia hacían cálculos acelerados sobre las referencias que les iba dando la pantalla luminosa. Ylún veía defectuosamente la misma pero, aun a pesar de todo, pudo percatarse de que en la pantalla habían localizado un navío.

—Sí, William; se trata de un navío.

El oficial de control dirigió un parte oral al jefe de la embarcación.

—Se, trata de un navío de guerra de gran autonomía. Lo tenemos situado a unas dos millas al noroeste.

—¿Cómo demonios se han atrevido a venir a nuestros propios

terrenos? —mascullo entre imprecaciones el capitán del submarino.

Ylún tradujo estas palabras al oído de William y ya no cupo duda a ninguno de los dos de que estaban intentando rescatarlos.

—De todos modos —dijo William— la operación va a resultar harto difícil. En realidad se encuentran casi inermes ante nuestros enemigos.

El oficial del navío fue dando en voz alta una serie de cifras, que Indicaba la creciente aproximación del barco contrario.

—Se encuentran a escasamente ochocientos metros de distancia —susurró Ylún.

—Todas las armas preparadas —ordenó el comandante del barco.

—Capitán —dijo el jefe dé tiro—. Nos es imposible utilizar rayos atómicos. El enemigo se encuentra demasiado cerca de nosotros y probablemente sufriríamos las consecuencias de las explosiones.

—Es cierto —dijo el capitán, con un gesto contenido de rabia. Bien, atacaremos con torpedos.

Poco después, grandes reflectores submarinos iluminaban el manto envolvente de las aguas y tanto William como Ylún pudieren verlo.

—No lo comprendo —dijo la muchacha con' ansiedad—. Es nuestro navío. Me sorprende sobremanera que mi primer oficial haya desobedecido mis órdenes.

—Sea lo que sea —dijo William— ahí tenemos la única posibilidad de salvarnos. ¿Qué demonios podríamos hacer para ayudarles?

En este momento, el capitán del navío Sakchent dio una orden, y poco después ocho estelas precedidas por otros tantos torpedos, se dirigían a toda velocidad hacia la nave capitaneada por Dic.

Ylún y William miraron a través de la escotilla transparente con la respiración contenida y un gesto de angustia en la cara. Los torpedos se aproximaban a toda velocidad, mientras que el barco objetivo maniobraba rápidamente para evitar ser blanco de los mismos. Casi por milagro consiguió evitar la terrible andanada y los ocho mensajes de muerte pasaron a escasos metros de distancia de la popa del submarino.

—Bien; han conseguido sortear el peligro —dijo William con un timbre de esperanza en la voz.

—Si, pero no van a poder durar mucho en esa situación —replicó la muchacha— Como preveíamos no son capaces de hacer uso de las armas, porque ello supondría nuestra propia destrucción.

—El capitán del navío volvió a dar una orden seca como un latigazo y nuevamente los tubos lanzatorpedos enemigos pusieron en libertad a aquellos cachorros de la muerte. Por segunda vez el submarino de Samá realizó una difícil maniobra; violentamente hundió su proa y a toda velocidad tomó la vertical de forma que los torpedos enemigos pasaron por encima de la luz, para perderse en la inmensa lejanía de las profundidades marinas.

—No conseguirán nada —dijo William desesperado—. Su intento es una locura; más valía que abandonaran la empresa.

En aquellos momentos, la nave de Samá desapareció de los ojos de los dos seres.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó William con asombro

—No temas. Han puesto en funcionamiento el efecto de invisibilidad.

—Esa es une probabilidad en la que no había pensado.

—Sí. Eso aumenta sus probabilidad de de no ser blanco de las armas de nuestros enemigos, pero así y todo no nos hagamos ilusiones. Aunque no vean la nave nuestros enemigos, la tienen perfectamente localizada en sus aparatos de control.

El capitán del barco Sakchent masculló unas imprecaciones.

—¡Cangrejos asquerosos! Cese el tiro directo. Lanzamiento por referencias.

Inmediatamente los hombres encargados del equipo de control hicieron unos rápidos cálculos al objeto de precisar la puntería.

—¡Fueeego! —ordenó el capitán.

Pocos minutos después, otra andanada de torpedos salía en dirección hacia el navío de Samá, según los cálculos previstos.

William e Ylún contuvieron la respiración y miraron fascinados las terribles estelas de los torpedos. Los segundos iban pasando como si fueran siglos. Al fin, pudieron aflojar su tensión, pues los torpedos, indudablemente, se encontraban más lejos de lo que era previsible estuviera la nave enemiga de los hombres de Sakchent.

El capitán del barco se abalanzó violentamente sobre el jefe de tiro.

—¡Imbécil!.. —dijo—. ¿Vamos a consentir que se nos escapen?...

¡Fuera de ahí!

Rápidamente se puso a observar los aparatos de control y él mismo precisó la puntería.

—Longitud: seiscientos metros. Deriva: cero dos. Tubos uno, tres, cinco, nueve y sus gemelos —ordenó.

Un segundo después llegaba la voz del encargado del equipo de tiro.

—-Tubos uno, tres, cinco, nueve y sus gemelos, preparados. Deriva, cero dos. Longitud, seiscientos metros.

—¡ ¡ Fueeego...!! —-aulló el capitán.

Nuevamente apareció ante los ojos de Ylún y William la terrible corte de torpedos en dirección hacia un punto invisible, en el que se suponía estaba el navío que capitaneaba Dic.

Apenas habrían avanzado unos trescientos metros, cuando una horrorosa explosión cegó a todos los que se encontraban en el interior del submarino.

— ¡Han acertado; han acertado! —gritó William sin poder contener su emoción.

La explosión fue tan tremenda, que la propia nave de los hombres Sakchent fue sacudida violentamente. Las luces parpadearon durante unos segundos y luego se apagaron. La confusión más absoluta reinó durante unos segundos en el interior de la nave

—¿Qué demonios pasa? ¡Atajo de bestias!... —se oía gritar la voz del capitán.

—Se ha estropeado el generador de energía —gritó una voz.

—Hay que arreglarlo rápidamente. ¿Podemos seguir disparando contra el enemigo?

—No, comandante. El aparato de control ha dejado de funcionar al no ser alimentado con la energía necesaria.

William escuchaba aquella barahúnda, mientras su corazón iba impregnándose de angustia.

—Ylún, Ylún —susurró en la oscuridad—. Han dado en el blanco.

Ylún estaba sumida en profundos pensamientos. Por fin contestó:

—No creo, William —le respondió—. Ha sido la explosión a

unos trescientos metros de distancia. Precisamente el capitán habrá dado como longitud para la situación de nuestro barco, seiscientos metros de distancia.

—Entonces ¿qué crees que habrá pasado?

—La cosa está clara, William. Han hecho actuar el teledetonador. Es un instrumento de invención reciente, con el cual hemos dotado a nuestras naves y que permite hacer estallar ciertos tipos de proyectiles muy conocidos por nosotros a la distancia que deseemos. Eso es lo que me parece que ha sucedido.

Como una confirmación a las palabras de Ylún, un poderoso haz luminoso cayó sobre la nave de los hombres Sakchent y, penetrando por las escotillas transparentes, inundó con un juego fantástico de luces y sombras el interior de la nave.

—Ahora son ellos los que nos tienen localizados —gritó el primer oficial.

—¡Pronto! —ordenó el capitán—. A la superficie.

Por fortuna para los enemigos la parte mecánica del submarino no había sufrido el menor daño. Rápidamente fue obedecida la orden del capitán y los tanques de inmersión se vaciaron en pocos segundos.

La nave ascendió a toda velocidad a la superficie y, pocos segundos después, se encontraba navegando en la oscuridad, ligeramente mecida por un suave oleaje.

—¡Preparados para combatir en la superficie! —ordenó el capitán con enérgica voz.

Los dos prisioneros sentían latir aceleradamente su corazón.

—Ylún —murmuró William—. Intenta desatarme.

La muchacha recorrió con dedos febriles las ligaduras que aprisionaban a William. Los que le habían atado habían hecho un trabajo a conciencia y los frágiles dedos de la muchacha eran incapaces de desatar, los fortísimos nudos.

—No puedo, William No puedo.

—Espera —dijo éste—; en el bolsillo interior de mi chaqueta tengo mis gafas.

—Pero, ¿qué pretendes, William?

—Sácalas. Sácalas y rompe uno de los cristales.

La muchacha comprendió claramente. Con manos febriles

extrajo las gafas de William y luego rompió uno de los cristales, golpeándolas contra el suelo.

Poco después, cogía uno de los trozos y, pacientemente, se dedicó a cortar las ligaduras de William. Unos minutos más tarde, William se encontraba en libertad.

—De momento —dijo William— no nos moveremos de la postura en que estamos, para que no sospechen nada, pero estemos preparados para intervenir, si es que es posible y necesaria nuestra intervención.

—Dispositivos de hundimiento preparados —ordenó el capitán —. Si fuera preciso, volaremos nuestra nave, antes que permitir que rescaten nuestros prisioneros.

William que ya se había acostumbrado a la oscuridad, vio cómo un hombre hacía una conexión a pocos metros de distancia de él. Una pequeña palanca indicaba cuál era el procedimiento para hacer estallar el barco en un momento dado. En aquel momento, la luz iluminó el interior del submarino de nuevo. El jefe de control dio a un conmutador y en la pantalla de tele-radar pudo apreciarse la situación de la nave de Samá. .

—Capitán; se encuentran a ochenta metros de nosotros.

—Todo el mundo a la superficie —rugió aquel hombre—. Van a intentar un abordaje.

En efecto; unos segundos después la nave de Dic, que había recobrado su plena visibilidad, se abalanzaba sobre la parte de babor de la nave enemiga. William e Ylún escucharon durante unos minutos el fragor de la lucha.

—Ven. Ha llegado el momento de que intervengamos nosotros —dijo William—. Primero, vamos a destruir los mandos del submarino para inutilizarlos.

Hábilmente dirigido por Ylún, y armados con dos objetos contundentes, comenzaron a destruir los mandos de la nave.

—Creo que así está bien —dijo Ylún—. Esta nave no podrá volver a navegar, si no es después de una serie de reparaciones.

Del exterior, parecían venir voces menos confusas, como si uno de los dos bandos hubiese decidido la victoria en fu favor. Ya iba a salir William por una de las escotillas, cuando vio que un hombre se abalanzaba rápidamente hacia el interior del submarino. Apenas repuesto de la sorpresa, pudo ver que se trataba del capitán del barco. Este, ajeno a todo peligro, con los ojos inyectados en sangre

y odio, se dirigió con paso precipitado hacia la palanca. Era la palanca que ponía en conexión la terrible carga destinada a hundir la nave con todos los ocupantes. No tenía más que bajarla, con una leve presión, para conseguir su objetivo. William no tuvo tiempo de reflexionar ni un momento. Con un poderoso salto cayó sobre la espalda de aquel hombre, que sorprendido, apenas si pudo hacer un movimiento de defensa.

Los dos hombres cayeron al suelo abrazados en apretado y mortal abrazo. Durante varios segundos rodaron en terrible confusión de brazos y piernas. Ylún se veía incapacitada para actuar, pues la proximidad de los dos hombres y el continuo movimiento a que se sometían, inutilizaban todo intento de ayudar a William. Afortunadamente, éste había conseguido conservar la ventaja inicial producida por la sorpresa y, aprovechando una oportunidad, golpeó fuertemente la cabeza de su contrincante contra el duro suelo, sobre el que se revolcaban.

—¡Pronto, Ylún! Desconecta el dispositivo de explosión.

—Haré algo mejor, William, lo destruiré.

La muchacha, perfectamente conocedora de todos los mecanismos, actuó con dedos ligeros y poco después tranquilizaba a William.

—Ya está No te preocupes, este dispositivo ya nunca más se podrá volver a emplear.

—A la superficie, pues —ordenó William.

Cuando subieron a la superficie de la nave, se encontraron con un espectáculo extremadamente grato a sus ojos. Toda la tripulación enemiga se encontraba tumbada en el suele, bajo la amenaza de los hombres de Ylún. En un extremo del barco, se encontraba Dic que, con la ropa desgarrada y algunas ligeras heridas, parecía un coloso después de un terrible combate.

—¡Dic...! —gritó William.

—¡William...! —contestó Dic.

Los dos hombres se lanzaron uno en brazos del otro y se estrecharon fuertemente con un gesto de incontenible alegría.

—¡Alabado sea Dios, muchacho! Creí que ya te había perdido para siempre. Realmente no sé ni cómo has podido salir con bien de esta aventura.

El profesor Jansen se acercaba en este momento para abrazar a William. Su pelo se hallaba completamente desgreñado y en su ropa

se podía observar que no había sido parte pasiva en el combate.

—Bien, capitán, bien. Parece ser que Dios nos ha ayudado a conseguir esta victoria que parecía imposible.

—Creo que no debemos permanecer aquí mucho tiempo —dijo el primer oficial de la nave de Samá.

Ylún que en la emoción del momento no había reparado en la presencia de éste, se volvió sonriente

—Por cierto, he de preguntarte una cosa: ¿como demonios ha traído el navío hasta aquí?

—No ha sido culpa suya —intervino rápidamente Dic.

—No lo comprendo —comentó la muchacha.

—Verá, Ylún —dijo el oficial—. He venido a la fuerza. El capitán Dic tuvo a bien hacernos prisioneros a mí y a toda la tripulación del submarino.

—Pues no parece que os encontréis demasiado aprisionados, ¿no te parece?

—Bueno, es que cuando ya estábamos aquí, hemos decidido actuar a sus órdenes. Después de todo el mal ya estaba hecho desde el momento en que nuestra nave ya se había internado en territorio enemigo.

—Así ha sido —confirmó Dic—. Eso no quiere decir que no hayan luchado como bravos.

—Sí. Ha sido una buena pelea —observó el oficial.

—Bueno. Me parece muy prudente que nos retiremos a nuestra nave.

Rápidamente se tomaron todas las medidas necesarias para trasladar a toda la tripulación enemiga al interior de la nave de Samá.

—Esperad un momento —dijo William.

En dos saltos se acercó a una de las escotillas y desapareció en el interior del submarino. Poco después, subía llevando a cuestas al capitán del barco enemigo que todavía no había recobrado el conocimiento.

Unos minutos después, la nave de Ylún se separaba de la nave enemiga hasta situarse a unos cuatrocientos metros de distancia.

—Ahora, pocos disparos, pero certeros —ordenó Ylún.

El jefe de tiro tomó sus medidas y dos de sus torpedos salieron

disparados contra la banda de estribor del sumergible enemigo. Una terrible explosión fue el preludio de su victoria. El navío se levantó sobre la copa y poco después se hundía como un terrible cetáceo herido por el mortífero arpón de un ballenero.

CAPITULO XII

WILLIAM y Dic caminaban lentamente hacia su domicilio.

El retorno a la capital de Samá había sido un viaje ya sin incidentes. Durante dos días habían permanecido en casa, reponiendo las fuerzas derrochadas en los últimos acontecimientos. Luego, habían tenido una llamada de Damak, el cual los invitó a hacer un relato detallado de todo lo que había sucedido.

Dic y el profesor Jansen se disculparon de la mejor manera que pudieron por haber violentado a los hombres de la tripulación, para realizar el rescate de Ylún y William. Damak se mostró contrario a este procedimiento, pero dijo comprender, sin embargo, los profundos motivos que lo habían determinado. Finalmente, los felicitó a todos por el feliz término de su aventura y se deshizo la reunión.

Ylún había continuado junto a Damak, al objeto de estudiar ciertos aspectos sólo concernientes a los pueblos de Samá. William y Dic volvían, como hemos dicho, a su domicilio, entreteniéndose en el paseo admirando las innumerables maravillas que se ofrecían a su paso.

Cuando William empujó la puerta, un suave y delicioso aroma llegó hasta sus sentidos.

—¿No hueles a algo especial, Dic?

—Sí. Eso estoy observando.

— ¡Qué demonios! Parece como si se tratara de flores.

Los dos hombres cerraron la puerta a sus espalda» y atravesaron el pequeño «hall» que les separaba del saloncito que conducía a sus habitaciones. Con paso ágil lo atravesaron hasta encontrarse en el mismo, en el cual se abría la puerta de los dos departamentos que ocupaban los terrestres.

—Parece ser que está toda nuestra casa impregnada de ese suave aroma —comentó William en voz alta.

Apenas habían entrado en la habitación de Dic cuando saltó a sus ojos alguna anomalía.

—No sé —dijo Dic—, pero parece como si aquí se hubiera alterado algo.

Fue William el primero en darse cuenta. Sobre una pequeña mesa se encontraba colocada una gran caracola de caprichosas formas. De su interior salían unas especies de algas que colgaban a los lados, componiendo el conjunto una graciosa y original figura

—Es la más extraordinaria maceta que he visto en mi vida —comentó Dic.

—Parece ser que este olor que notamos aman de esta especie de planta —dijo William.

Los dos hombres dieron una mirada circular por la habitación y no pudieron notar ninguna otra alteración. Con paso elástico William y Dic se dirigiera a través de la puertecita que separaban las dos habitaciones hacia la del primero. Cuando entraron, pudieron comprobar que otra especie de planta semejante se encontraba en la habitación de William.

—Sí que es sorprendente —comentó Dic.

—Veamos

William se acercó para estudiar más detenidamente aquella extraña estructura y sus ojos divisaron entre las estrechas algas que constituían aquella maceta un pequeño rectángulo de cartulina en el que pudo leer lo siguiente: «Es una de las variedades de algas que cultivamos en nuestros jardines. El suave y penetrante aroma tiene un gran poder sedante. Espero que podáis dormir mucho mejor» y, luego, firmado: «Ylún».

— ¡Ah, caramba! Es un regalo de Ylún —dijo Dic.

—Así parece. Realmente es un país asombroso éste —contestó William—. Estaremos diez años aquí y no pararemos de asombrarnos ante tantas cosas bellas y extrañas.

Los dos hombres dieron una última ojeada a aquel elemento decorativo y se dirigieron cada uno a su cama, para reponer fuerzas y estar preparados para lo que pudiera venir en el futuro.

William todavía fatigado por los últimos acontecimientos se deslizó en su cama y apagó la luz. Pocos minutos después, estaba sumido en un profundo sueño. En la habitación de al lado, Dic realizaba la misma tarea y de igual modo se sumía en un sueño reparador. Los minutos fueron pasando sin que nada alterara la paz de los durmientes.

Habrían pasado dos horas, cuando un extraño ulular invadió las habitaciones de los dos amigos. Era como el sonido de una caracola de timbre delicadísimo que llegaba lejanamente, con una

modulación suave y penetrante. Si William y Dic hubieran estado despiertos se hubieran sorprendido por aquella extraña música, pero todavía más se hubieran sorprendido de ver lo que les sucedía a aquellas extrañas plantas formadas por gran cantidad de pequeñas y estrechas algas. Al principio, fue solo un movimiento imperceptible de las mismas; luego, como si se fueran desesperezando, pasaron a adquirir cierta rigidez y, por último, como un manojo de largas y estrechas serpientes, comenzaron a moverse sinuosamente.

La lejana música de las caracolas fue subiendo de tono hasta inundar con su adormecedora modulación el ambiente de las habitaciones. Ningún espectáculo hubiera resultado más fantástico a los ojos de los terrestres, que aquella danza en la semioscuridad del extraño vegetal, que cobraba vida por momentos. Luego, cada una de las algas fue inclinándose hasta tocar el suelo y alargándose de manera extraordinaria. Indudablemente el interior de la caracola estaba repleta de aquellas plantas que, al desperezarse, adquirían una longitud insospechada. Como serpientes, fueron deslizándose sinuosamente por el suelo en dirección a la cama de William. Luego, treparon suavemente por la misma hasta cruzar por el cuerpo de William en distintas direcciones. Unos minutos después, las sinuosas algas se encontraban asombrosamente amarradas y sujetas a las partes más consistentes de la cama, produciendo una atadura del cuerpo de William casi perfecta. Por último, el extraño vegetal aplicó unas diminutas ventosas al cuello de William y con poderosa presión comenzó, poco a poco, a extraer de la piel gran cantidad de sangre, que rápidamente recorría toda la longitud de las fantásticas algas.

William, que dormía profundamente, había estado al margen por completo de este acontecimiento, sin embargo, una extraña sensación de ahogo se iba apoderando de él. Una pesadilla inundó el recinto de su sueño. Le parecía estar en el fondo del mar, aprisionado por los poderosos tentáculos de un enorme pulpo y sentía que le faltaba la respiración y que era incapaz de desasirse del terrible cefalópodo. Poco a poco se le iba nublando la vista y unos latigazos de sangre en las sienes le indicaban la proximidad de su fin por asfixia. Con una especie de ronco rugido se despertó e intentó aspirar una profunda bocanada de aire. Fue enorme su sorpresa. Su sueño era casi una realidad, no sabía qué era, pero alguien le aprisionaba con fuerza terrible y sentía sobre su cuello como diminutas bocas que le absorbían con voracidad insaciable. Intentó moverse y apenas consiguió nada. Quiso gritar y sólo un

apagado rugido salió de aquella garganta aprisionada por aquella extraña cosa. Por un instante creyó que se trataba de alguien que intentaba estrangularle con un finísimo hilo. Pero pronto desechó esta idea. Todo su cuerpo se sentía aprisionado por gran cantidad de ligaduras. Era difícil, pensó, que nadie hubiera realizado esa tarea si es que quería acabar con él. Sin saber por qué pensó en la extraña planta que 1e había enviado Ylún. Desesperado intentó desasirse de aquellas terribles ligaduras, pero apenas si consiguió un pequeño adelanto. Su brazo derecho no estaba totalmente aprisionado. Pensó que era hacia allí donde debía dirigir sus esfuerzos. Quizá si liberaba un brazo estuviera más capacitado para librarse de aquel abrazo mortal.

Reuniendo todas sus energías, dio un tremendo tirón y consiguió ver su brazo derecho libre. Con gesto desesperado dirigió su mano al cuello y con los férreos dedos intentó arrancarse aquel contacto mortífero. Pero todo fue inútil. Aquellas estrechas cintas vegetales que aprisionaban su cuerpo parecían tener la dureza del acero.

William comprendió toda la gravedad de su situación. Una extraña flojedad le iba invadiendo y cada vez sentía mayor dificultad para oxigenar sus pulmones. Nuevamente, se revolvió con toda la energía de sus poderosos músculos, pero tampoco esta vez consiguió librarse de aquella diabólica red de algas que lo aprisionaban. Su impotencia inundó su corazón de un profundo sentimiento de desesperanza.

El corazón le latía aceleradamente y poco a poco sus músculos iban perdiendo vitalidad y energía. De pronto, cruzó como un relámpago por su mente una idea. Quizá si pudiera cortar aquello. Con un sobrehumano esfuerzo fue alargando el brazo que tenía libre hasta palpar la superficie de la mesita de noche que tenía a su derecha. Por fin, dio con lo que buscaba. Se trataba de un hermoso cenicero constituido por una concha marina, de afilado borde. Con dedos crispados lo asió y lo dirigió hacia una de las algas que aprisionaban su cuello. Cuidadosamente aplicó el afilado reborde de la concha y comenzó a cortar, sin poder evitar hacerse algún rasguño en el cuello. Apenas taladró la superficie de la extraña alga, cuando sintió sobre su mano el contacto viscoso de un líquido caliente que no era otro que la propia sangre de William succionada por aquella terrible especie de vegetal.

Inmediatamente sintió que se aflojaban las ligaduras y si hubiera estado en condiciones de observar hubiera visto con asombro cómo aquel filamento se recogía precipitadamente hasta esconderse en el

interior de la caracola. Durante varios minutos William fue cortando con la concha las distintas ataduras que lo aprisionaba. Por fin, ya libres los brazos, pudo acelerar su labor; cuando hubo acabado permaneció en la cama unos instantes. Sus pulmones se llenaban de aire aceleradamente, para compensar la falta de oxígeno en los momentos anteriores. Una gran laxitud le embargaba, pero unas profundas aspiraciones lo recuperaron un poco. De pronto, no pudo evitar dar un salto de la cama y ponerse de pie.

Quizá Dic se encontraba en la misma situación. Sin soltar la concha de su mano, dio unos pasos por la habitación en dirección a la puerta que le separaba de la estancia de Dic. Apenas si había andado cuatro o cinco pasos, cuando un agudo silbido proveniente de la ventana que daba al exterior, cruzó la habitación, y William sintió en su brazo la mordedura de un proyectil

Se tiró al suelo y permaneció unos instantes en completa inmovilidad. Sin duda alguna, alguien había disparado desde la ventana contra él. Lentamente volvió la cabeza y dirigió su mirada hacia la misma. Se encontraba abierta de par en par y el posible enemigo había desaparecido. William no lo pensó más, levantóse y se precipitó en la habitación de su amigo. En efecto, Dic se encontraba en apuradísima situación. La extraña planta lo había aprisionado totalmente y dos o tres de sus tentáculos le rodeaban el cuello, haciendo una succión horrorosa de la propia sangre de Dic.

William se lanzó sobre su amigo y con mano febril, fue cortando todos aquellos horribles ligamentos. A cada corte un pequeño hilo de sangre salía del alga seccionada, llenando el corazón de William con un escalofrío. Por fin, terminó su tarea.

Dic se encontraba en estado inconsciente y William se lanzó furiosamente a hacerle la respiración artificial. Poco a poco, Dic se fue recuperando hasta que pudo abrir los oíos y musitar con un hilo de voz:

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Nada, muchacho; nada —dijo William intentando animarle—. Ya no pasa nada. Procura recuperarte. Aspira profundamente.

Dic volvió a cerrar los ojos e hizo unas cuantas aspiraciones profundas. Algún tiempo después comenzaba a recuperar el dominio de sus facultades y empezaron a responderle sus músculos.

—¿Qué demonios es lo que ha pasado? —dijo ya con voz mas enérgica.

—Han sido las plantas que tenemos en la habitación. Algo horrible, Dic. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Parece que empiezo a recuperarme —dijo, mientras se incorporaba en la cama.

—¿Crees que puedes sostenerte de pie?

Dic se detuvo durante unos segundos y volvió a aspirar profundamente.

—Sí. Creo que ya ha pasado. Me siento un poco débil, pero no tiene gran importancia.

Con un pequeño esfuerzo se puso de pie en la habitación.

—No comprendo cómo Ylún ha podido enviarnos tan horribles plantas.

—Es evidente que no ha sido ella —contestó William—. Por cierto, quizá ella también se encuentre ahora en una situación apurada. Es preciso hacer algo. ¿Estás dispuesto a venir conmigo?

—Sí. Ya me encuentro bien. Tienes razón. Esto es obra de nuestros enemigos. Quizá en estos momentos Ylún se encuentre en situación parecida.

—Pronto. Vamos a su casa.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta de salida, pero antes William volvió a recomendar a Dic.

—Coge tu pistola de reglamento.

Tanto William como Dic habían llevado en la expedición sus pistolas, más por un prurito disciplinario que por considerar que pudieran serles útiles. En un segundo, se apoderaron de las mismas y salieron a gran velocidad hacia el exterior.

CAPITULO XIII

YLÚN vivía en un hotelito, a no mucha distancia de la residencia de los dos terrestres.

Eran altas horas de la noche y las calles se encontraban totalmente desiertas. Los dos hombres corrían desesperadamente en dirección a la casa de Ylún. Afortunadamente para ellos, no encontraron a nadie por la calle, pues su aspecto era tal, que indudablemente habrían entorpecido su marcha con preguntas o con gestos asombrados.

Dic y William no se sentían demasiado fuertes, pero la idea del posible peligro que corría Ylún, les daba centuplicadas fuerzas para continuar velozmente su marcha.

William pensaba lógicamente que si sus enemigos habían tenido tal interés y corrido tales riesgos por eliminarles a ellos, con más razón lo intentarían tratándose de Ylún, a quien consideraban su presa preferida.

Torcieron por una calle lateral y al final de la misma desembocaron en lo que podríamos llamar campo abierto. A unos ciento veinticinco metros se encontraba el pequeño hotelito donde residía Ylún en compañía de una sirviente. Los dos hombres redoblaron en la medida de lo posible su marcha, y por fin se encontraron a pocos metros de la casa de Ylún. William detuvo con un gesto a su compañero. Luego, susurró a su oído unas palabras:

—Es preciso que ahora tomemos las precauciones necesarias Tú ve por la parte de atrás de la casa, que no tiene más que una ventana y una entrada en la parte posterior. Yo intentaré entrar por la puerta.

Los dos hombres se separaron y William continuó su camino aceleradamente, pero procurando deslizarse como una sombra. Por fin, llegó al portal de la casa de Ylún. Intentó abrir, haciendo rodar el pomo de la misma, pero no lo consiguió. En realidad, la puerta se abría unos centímetros, pero un obstáculo que había detrás le impedía abrirse del todo. William pensó rápidamente. De tratarse de algún enemigo, éste hubiera reaccionado empujando la puerta en dirección contraria. No era, pues, un ser que estuviera allí esperando, era algún objeto caído en el suelo lo que impedía a la puerta abrirse. William apoyó su hombro y empujó con fuerza. La

puerta se fue abriendo al mismo tiempo que arrastraba tras de sí el objeto. Cuando William se hubo introducido en el pequeño «hall» se arrodilló junto al cuerpo que había entorpecido su entrada. Se trataba de una mujer. William la volvió y vio con horror que un pequeño arpón le atravesaba el cuello. Era la sirvienta de Ylún, cuya fidelidad a su ama le había costado la vida.

William no lo pensó más. Con paso precipitado se dirigió a la escalera que conducía a las habitaciones de Ylún. Unos poderosos saltos lo situaron en el rellano superior y luego, como una tromba, se lanzaba contra la puerta de la habitación de la muchacha que cedió al empuje de su poderoso cuerpo.

Como un relámpago dio al conmutador de la luz y la habitación quedó plenamente iluminada. Una décima de segundo fue suficiente para que se percatara de la situación. Ylún permanecía atada v amordazada en la cama, mientras dos horrorosos cangrejos Sakchent de mortífero veneno subían por la almohada, ya en dirección a su presa. Un hombre permanecía de pie ere el centro de la habitación, mientras que otro estaba a horcajadas sobre el alféizar de la ventana.

William actuó con la celeridad del rayo. Los dos cangrejos se encontraban a escasos centímetros de la cabeza de Ylún. Sin levantar la pistola de la cintura, hizo dos rápidos disparos, que sólo en un gran tirador como él podía tener el efecto apetecido sin ser fatales para la propia Ylún. Los dos cangrejos quedaron destrozados por el impacto de los disparos, en ese mismo instante, un agudo sonido cruzó la habitación y William oyó pasar junto a su oído izquierdo el acerado mensaje de muerte que le enviaba su enemigo. Casi sin apuntar disparó sobre el mismo y el hombre se desplomó en el suelo, con el corazón atravesado por una bala. El que se encontraba en el alféizar de la ventana deslizó sus piernas hacia el exterior y se dejó caer rápidamente. William pudo escuchar cómo Dic daba el alto al desconocido. La contestación fue un agudo silbido que indicó claramente a William que el hombre había disparado contra Dic. Durante una fracción de segundo su corazón se sobresaltó. Luego, el agudo chasquido de la pistola de Dic vino a confirmarle que éste no había sido alcanzado por su enemigo.

William se desentendió por el momento de este asunto y se dirigió rápidamente hacia la cama de Ylún. La muchacha se encontraba con los ojos profundamente abiertos en su inmovilidad forzosa. Lo primero que hizo William fue quitarle la mordaza. Un ligero suspiro se escapó de los labios de la muchacha, que cerró los

ojos por un instante. William con dedos ágiles consiguió liberal la de sus ataduras. La muchacha se levantó y cayó en los brazos de William, conteniendo apenas un sollozo. Al parecer sus enemigos la habían sorprendido antes de acostarse, puesto que se encontraba totalmente vestida, tal como la había dejado William unas horas antes.

—Tranquilízate… tranquilízate, Ylún —dijo.

La muchacha podía apenas contener unos sollozos La terrible tensión nerviosa que había sufrido, pugnaba por salir al exterior. William le acarició suavemente la cabeza y la muchacha fue tranquilizándose. Por último, con un esfuerzo de voluntad consiguió el total dominio de sus nervios.

—Ha sido horroroso, William. Horroroso.

—Lo comprendo. Lo comprendo —dijo éste.

—Me había quedado a leer un rato, cuando me vi de pronto asaltada por dos hombres Sakchent. Me amenazaron con sus armas y luego me amordazaron, atándome e inmovilizándome; durante un buen rato me tuvieron así, hasta que me subieron a la habitación y me ataron a la cama. Al parecer alguien faltaba para acabar su tarea. Quizá algún otro compañero realizando alguna tarea similar por los alrededores. De Taima, mi sirvienta, no sé nada.

William no quiso decir que la había encontrado muerta en el «hall».

—No te preocupes de eso ahora. ¿Qué más sucedió?

—Cuando me tuvieron atada en la cama, sacaron una caja de la cual salieron esos cangrejos y los hicieron deslizarse en la habitación para que se dirigieran hacia mí. Lo demás ya lo conoces.

En aquel momento, unos pasos precipitados por la escalera, hicieron que William se volviera rápidamente y cubriera con su arma la entrada de la habitación.

—¿Qué sucede aquí?

Era la voz de Dic que acudía para ayudar a sus amigos si es que éstos se encontraban apurados.

—Todo está en orden, Dic —contestó William—. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—La cosa ha terminado mal para mi adversario. Le di el alto y me contestó enviándome uno de estos arpones, tan empleados por aquí. No tuve más remedio que disparar contra él.

En este momento, William sintió que las fuerzas lo abandonaban. Ylún reaccionó rápidamente.

—Pero ¿qué sucede, William?

La muchacha se percató entonces del desastroso estado en que se encontraba su amado. Toda su ropa estaba manchada de sangre, como asimismo su cuello y sus manos. En este momento un rictus de dolor se adueñaba de la faz de William.

—Pronto, Dic. Ayúdame a llevarlo a la cama.

—No es nada. No es nada —musitó William—. Es la herida del brazo.

Entonces, tanto Ylún como Dic se dieron cuenta de que William tenía atravesado un brazo, casi a la altura del hombro por uno de aquellos mortíferos arponcillos empleados por los hombres Sakchent. La muchacha vaciló un segundo, pero rápidamente se volvió a adueñar de sí.

—No te preocupes, William. No es nada.

—Ya lo sé. Es que duele.

—Dic —dijo la muchacha—. Allí, en el pequeño armario que hay en la pared de la izquierda, hay una jeringuilla y una pequeña botella.

Dic se dirigió rápidamente donde le indicaba Ylún y unos segundos después estaba al lado de la misma el capitán. Ylún manejaba con dedos ágiles la jeringuilla que introdujo en la pequeña botella que estaba casi llena de un líquido amarillo.

—Pronto dejarás de sufrir, William —dijo la muchacha.

Con precisión casi profesional, hundió la jeringuilla en el otro brazo de William: un instante después éste recobraba la normalidad de sus facciones, pues todo el dolor había desaparecido.

—Es maravilloso —dijo William—. Quizá el mejor anestésico que he conocido

—Sí; es un producto verdaderamente magnífico —dijo la muchacha—. ¿Te encuentras bien?

—En este momento, maravillosamente —dijo William.

—Es preciso que llamemos a un médico —continuó la muchacha —. No creo que sea cosa muy grave la herida que tiene el brazo. Sólo ha interesado el paquete muscular. De todas formas, llamaremos al médico para que te extraiga el arpón.

La muchacha se dirigió hacia un ángulo de la habitación y se puso en contacto por el tele-radar con el equipo quirúrgico de uno de los hospitales de la ciudad. Al volver junto a William, preguntó extrañada.

— ¿Qué son esas señales que tienes en el cuello.

—Ha sido sigo sorprendente —contestó Dic—. Cuando fuimos a casa nos encontramos con una extraña planta metida dentro de una gran caracola.

—¿Cómo? —dijo la muchacha interesada—. Descríbame esa planta.

Dic lo hizo en breves palabras.

—Cuando nos despertamos, nos encontramos aprisionados por la misma —dijo Dic.

Un estremecimiento sacudió a la muchacha.

—Dios mío. ¡Qué peligro han atravesado! Se trata del alga-vampiro.

—¿Qué es eso? —preguntó William.

Una variedad de alga que se da muy especialmente en la Confederación de Sakchent. Son unas algas que se alimentan exclusivamente de la sangre de los peces que capturan. Los hombres Sakchent los han adaptado a la sangre humana y resulta para ellas un bocado exquisito.

—Nosotros creíamos que se trataba de un regalo tuyo, Ylún —intervino William.

—¿Cómo has podido pensar eso, William?

—Verás: es que nos sorprendió la presencia de la misma en nuestra casa, pero había una nota firmada por ti, al menos firmada con tu nombre, que nos aseguraba se trataba de unas algas cuyo aroma era altamente sedante.

—Me parece milagroso que hayáis podido escapar de sus garras —dijo en sentido figurado Ylún.

—No creas que fue fácil. Afortunadamente tenía en mi mesita un cenicero que era una concha de afilado borde...En este mismo instante se oyeron voces en el «hall». Ylún salió rápidamente y poco después volvía acompañada de un cirujano y dos de sus ayudantes.

—Este es el herido —dijo señalando a William.

El doctor se dirigió hacia él y comenzó a tomar las disposiciones

necesarias para extraerle el arpón. Al mismo tiempo, un nuevo personaje entraba en la habitación.

—Bueno, Ylún, ¿qué ha sucedido?

—Me alegro de que hayas venido, Vinko. Ya ves en qué situación nos encontramos.

—Han sido los hombres Sakchent, ¿no?

Luego, el recién venido fijó su vista en el hombre tendido en el centro de la habitación.

— ¡Caramba! Parece que la cosa ha sido importante ¿eh?

Tras un pequeño examen se levantó con gesto convencido.

—Sí. Se trata de un hombre Sakchent. Voy a avisar a nuestro Servicio de Seguridad. Es preciso que se investigue a fondo el asunto, para ver cuál ha sido el camino de penetración de estos hombres y la posibilidad de que se encuentren todavía algunos cómplices en nuestras propias ciudades.

—Sí. Hazlo, Vinko. Me alegro de que hayas venido y puedas hacer esta tarea que he emprendido yo ahora mismo, pero como comprenderás estoy ocupada…

—Comprendido —la atajó Vinko—, hermana. Ahora tienes otro problema más importante para ti.

Los dos hermanos se despidieron con una sonrisa, mientras el cirujano clavaba la punta de su estilete en el brazo herido de William.

CAPITULO XIV

REALMENTE, la herida de William carecía de toda importancia. Habían pasado unos días desde los dramáticos acontecimientos narrados anteriormente y ya casi había cicatrizado. Tanto él como Dic, fueron sometidos a un tratamiento de recuperación, sufriendo unas transfusiones de sangre que vinieron a compensar la pérdida como consecuencia del feroz ataque de las algas-vampiro. Ylún los había colmado de solícitos cuidados y las Autoridades de Samá habían puesto a su disposición los muchos y muy perfeccionados medios de que disponían. La cosa, pues, había pasado sin dejar apenas huella material en los dos hombres, pero en lo más hondo de su espíritu sentían la más profunda preocupación. No era necesario ser muy observador para percatarse de que la situación en la Confederación de Samá se encontraba agitada por ciertos presagios tenebrosos. Dic y William habían acudido al Cuartel General, avisados por Ylún urgentemente. Los dos hombres esperaban mientras fumaban unos cigarrillos fabricados en aquel pueblo.

—En verdad —decía Dic en aquel momento— si alguna vez volvemos a la Tierra, no nos vendría mal llevarnos la exclusiva de estos cigarrillos.

—Sí; son tan agradables o más que los que acostumbramos a fumar en la Tierra; no poseen su cualidad perniciosa y por el contrario, según nos explicó Ylún, el humo que producen va saturado de un poderoso reconstituyente nervioso.

—Te aseguro que es verdad, William. He podido observar que un sólo cigarro es suficiente para calmar la tensión nerviosa.

—Me gustaría verte dedicado a la venta de cigarrillos —sonrió William—; serías el estanquero más marcial de todos los terrestres.

—Tú, ríete, cabeza de tiburón; pero piensa que algún día tendremos que retirarnos, llenos de condecoraciones, pero con una paga que tendremos que administrar sabiamente para que sea suficiente.

—En verdad que tu optimismo me llena de gozo, viejo besugo reumático. Nos encontramos a millones de kilómetros de la Tierra, nos persiguen los hombres Sakchent infatigablemente, parece que la situación entre la Confederación Sakchent y la Confederación de Samá va agravándose por momentos y todavía piensas en la hora

del retiro. En verdad te digo, que eres el campeón indiscutible del optimismo.

—Bueno, para qué vamos a pensar lo peor, ¿no te parece? De cualquier modo que sea llegaremos al retiro; o bien al pacífico retiro que nos conceden nuestras armas o bien al retiro definitivo patrocinado con todos los honores por los hombres Sakchent…

Las últimas palabras de Dic fueron interrumpidas por un emisario del Estado Mayor.

—Señores —dijo con gesto grave y mesurado; el jefe del Estado Mayor les ruega que pasen a conferenciar con él.

Los dos hombres arrojaron sus cigarrillos y siguieron a su introductor. El Estado Mayor estaba reunido en pleno; Dic y William pudieron observar como una veintena de hombres sentados alrededor de una mesa circular. Junto al jefe del Estado Mayor se encontraba Ylún, que no pudo reprimir un brillo de satisfacción en la mirada cuando los vio.

—Tomen asiento —dijo cortésmente el jefe del Estado Mayor, mientras les indicaba dos sillas vacías, preparadas para ellos. Dic y William obedecieron gustosamente la orden y guardaron silencio en actitud expectante.

—Les he llamado para un asunto de vital importancia para ustedes —el hombre cogió un papel que tenía frente a sí, y se lo alargó a William—. Se trata de un mensaje de la Tierra; nuestra Base Flotante «B-Azul», lo ha captado hace aproximadamente una hora. Gracias a la clave que usted les envió recientemente, capitán, ha podido ser traducido a la perfección.

William cogió el papel y Dic pudo leer por encima de su hombro:

> «Base Flotante, a «Tritón Volador»: Nos encontramos ante una serie de fenómenos cuya frecuencia y magnitud han sido desconocidos hasta ahora en la Tierra. Una serie de tempestades magnéticas han producido grandes catástrofes en algunas de nuestras más importantes ciudades, como así mismo en las flotas mercantes y de guerra de distintos países. Suponemos que obedecen a la proximidad del planeta «Intruso»; solicitamos del profesor Jansen nos dé cualquier informe que pudiera servir para orientarnos. —Firmado: Profesor Carón. —P. D. Enviamos aparte

informe sobre las características de estas tempestades magnéticas».

Cuando William y Dic levantaron los ojos del papel, el jefe del Estado Mayor les alargó así mismo un pequeño montón de cuartillas, en las que Carón se extendía sobre gran número de particularidades de aquellas misteriosas tempestades magnéticas.

Muchas gracias, señor —dijo William dirigiéndose al jefe del Estado Mayor—. La misión puramente científica de nuestra expedición, corresponde a los profesores Jansen y Browm. Nuestros conocimientos son insuficientes para poder aventurar una hipótesis sobre los fenómenos que nos comunica desde la Tierra el profesor Carón. Espero que los profesores Jansen y Browm puedan ver algo más claro en el asunto.

El jefe del Estado Mayor tomó la palabra:

—Los sabios profesores aludidos por usted, están en contacto con algunos de nuestros hombres de ciencia. De todas formas, he dado orden al Gran Consejo de Investigaciones, que destaque los hombres necesarios para que los profesores Browm y Jansen puedan estudiar con ellos el extraño fenómeno que atraviesa la Tierra. Así mismo, dispondrán de todos los instrumentos, observatorios e instalaciones meteorológicas de que disponernos nosotros, si es que llega el caso de necesitarlos en la búsqueda de una justificación para estos fenómenos. La Confederación de Samá se siente consternada al pensar que la aproximación de nuestro planeta a la Tierra haya podido llegar el desconcierto y el luto a sus habitantes, por ello pueden contar ustedes con nuestra ayuda y simpatía.

—Agradecemos sus palabras y tenemos la seguridad de que los pueblos de Samá están compuestos por hombres de corazón, que de ningún modo habrían intentado hacer el menor daño a los habitantes de la Tierra. Si la proximidad del planeta ha traído esas consecuencias, tengo la seguridad de que se encontrará el medio de evitarlas, mediante una estrecha colaboración entre los científicos de la Tierra y Atomón.

El jefe del Estado Mayor agradeció con una inclinación de cabeza las palabras de William,

Ahora vamos a tratar de un tema de mutuo interés. La situación entre la Confederación de Samá y la Confederación de los pueblos de Sakchent se ha agravado terriblemente en los últimos tiempos. Sus viejas ansias de dominio de torio nuestro planeta han cobrado

nueva vida, y hace pocas horas hemos recibido una embajada de la Confederación Sakchent pidiéndonos que abandonemos grandes zonas de nuestros dominios para anexionarlas a la Confederación Sakchent. Los motivos que arguyen para ello son completamente fantásticos o sin valor alguno. Nuestra Confederación se ha negado a conceder a los pueblos Sakchent su petición, aunque se ha dejado la puerta abierta para unas negociaciones de más alto nivel que comenzarán dentro de unos días; pero no quiero engañarles, señores, la situación parece desesperada. Nuestro Gobierno ha solicitado del Gobierno de la Confederación Sakchent que se haga una declaración conjunta, que ratifique la prohibición de emplear armas de destrucción en masa en cualquier eventual guerra, como prólogo a las negociaciones que van a iniciarse. Estarnos esperando la contestación.

—Lamentamos profundamente que este pacífico pueblo se encuentre en semejante alternativa —dijo William—; las atenciones recibidas nos obligan a ponernos a disposición del Gobierno, para que disponga de nosotros de la manera que considere más oportuna.

—A eso vamos —replicó el jefe del Estado Mayor—. Nuestro jefe del Comando Especial, tiene la palabra:

Ylún miró profundamente a los dos terrestres y con aire de gravedad comenzó a hablar.

—Capitán Kennedy: nuestro Gobierno considera que atravesamos una situación extremadamente difícil. Ustedes como habitantes de otro planeta no deben correr los riesgos tan grandes por los que vamos a atravesar nosotros dentro de poco tiempo. El alto valor científico de su expedición nos obliga, en defensa del acervo cultural, de toda la humanidad esparcida por el universo a protegerles de ese peligro, y permitir así que el legado cultural que ustedes han podido asimilar en nuestro planeta sea transmitido a los hombres pacíficos de la Tierra. El Estado Mayor ha recibido órdenes de poner a su alcance los medios necesarios para que regresen a su planeta. La situación nos impide poner a su disposición cualquiera de nuestras naves interplanetarias. Entre otras razones, porque queremos evitar de todo punto un encuentro con cualquier nave enemiga de la Confederación Sakchent que pudiera servir de motivo para una declaración de guerra. En estas condiciones, hemos creído lo más oportuno, intentar el rescate del «Tritón Volador», que se encuentra sobre la superficie del mar, y ayudarles a repararlo si es preciso, hasta ponerlo en condiciones de dirigirse hacia su planeta.

La voz de la muchacha penetraba no solamente en los oídos de

William, sino más profundamente: en su corazón. Aunque buscaba con su mirada algún detalle que revelara en la faz de Ylún el estado de ánimos de la misma, no podía conseguir nada. La muchacha había adoptado un aire severo e impenetrable como corresponde a un militar que está a punto de tomar graves decisiones

—Está bien —dijo William—. Comprendemos los motivos que les obligan a hacernos esta sugerencia y creemos que nuestra mejor manera de ayudar a este hospitalario pueblo es acceder a sus deseos y no entorpecer el difícil camino que desgraciadamente tiene que recorrer. Hablaré á los profesores Jansen y Browm y lo dispondremos todo rápidamente, en la medida que esté a nuestro alcance, para nuestra marcha.

—Capitán —dijo el jefe del Estado Mayor—, tenga la seguridad de que guardaremos un buen recuerdo de ustedes. Los hombres de Samá, si llega el momento de lucha, lo harán con redoblada fe, porque saben que en otros planetas también hay hombres de buena voluntad que defienden en común con nosotros la causa de una vida razonable y justa. Como la conferencia con los hombres Sakchent comenzará dentro de tres días, y es de suponer que se prolongue durante diez o doce días más, disponen ustedes de casi dos semanas o más para preparar el viaje, como así mismo para qué los profesores Jansen y Browm intenten encontrar la causa de las tempestades magnéticas que se están produciendo en la Tierra. Ylún estará en contacto con ustedes, como Delegada del Estado Mayor, para cuanto deseen.

William y Dic comprendieron que la conversación había terminado. Lentamente se pusieron en pie y el jefe del Estado Mayor les estrechó efusivamente la mano.

—Esperamos que todo les salga bien —dijo éste.

Haremos votos porque no se produzca la terrible guerra —contestó William—, y si se produce, que el triunfo acompañe a la Confederación de Samá, como le acompaña la razón y el derecho.

Unos minutos después los dos amigos caminaban lentamente por las calles de la Ciudad con el corazón compungido y un vehemente deseo de reunirse con Jansen y Browm, para comunicarles la importante decisión que se había tomado. Cuando llegaron a su domicilio, se encontraron con la agradable sorpresa de que los dos sabios les estaban esperando.

—¡Hace algunos días que no nos vemos! —dijo cordialmente Browm, a manera de saludo— ¿es que acaso ya no formarnos parte

del mismo equipo?

Los cuatro hombres se estrecharon efusivamente las manos y se liaron en una atropellada conversación de disculpas y explicaciones.

Pasados estos minutos, William expuso a los profesores la situación, sorprendiéndoles profundamente. Cuando terminó Jansen y Browm ojearon con ansiedad las cuartillas en las que el profesor Carón detallaba las circunstancias extraordinarias en que se producían las tempestades magnéticas sobre la Tierra.

Los dos hombres de ciencia se miraron en silencio durante unos instantes.

—En verdad, que me asombra el informe; —dijo Jansen—. Aunque todavía necesito conocer muchos datos, dudo que sea la proximidad de este planeta quien produzca estas tempestades.

—Así es, querido Jansen —replicó Browm— de todas formas tendremos que ponernos en contacto con los miembros del Gran Consejo de Investigaciones, para saber con más detalle alguna circunstancia de este planeta.

—En primer lugar —contestó Jansen— necesitamos saber con exactitud la orientación de los polos magnéticos

—Así mismo —intervino Browm-— es preciso conocer el peso total y el específico del planeta. .

Dic y William comprendieron que ya difícilmente conseguirían sacar a los dos sabios de la conversación que estaban iniciando. Así, pues, los acompañaron hasta la puerta y se despidieron de ellos, para disponerse a continuación a tomar las medidas necesarias para el viaje de retorno.

CAPITULO XV

LOS acontecimientos se fueron precipitando en los últimos días. La conferencia entre la Confederación Sakchent y la Confederación Samá se había iniciado, y por los preludios parecía que no iba a desembocar en un acuerdo pacífico.

Jansen y Browm, debidamente asesorados por las más altas eminencias científicas de Samá hacían abundantemente acopio de datos, informes, muestras de minerales, etc., que debidamente clasificados con el auxilio de un equipo de hombres puestos a su disposición, eran encerrados en grandes cajas.

Dic y William se habían preocupado de poner en estado de alerta a su tripulación y esperaban con ansiedad el informe que Ylún les había prometido sobre la situación del «Tritón Volador».

Al noveno día de las negociaciones con la Confederación Sakchent, recibieron una llamada urgente de Ylún para que se personaran en la sede del Gobierno. Los dos hombres no se hicieron esperar y se trasladaron rápidamente a ver a Ylún. Esta les recibió en un salón lateral. Se encontraba solamente acompañada por Damak. En el rostro de los dos seres, William y Dic pudieron ver reflejada una profunda preocupación que nada bueno auguraba. Damak habló primero y fue directamente al asunto.

—Señores: lamento decirles que la situación en Atomón se ha agravado considerablemente. La Confederación Sakchent se muestra intransigente en sus peticiones y a nosotros nos es imposible acceder a ellas; pues ello supondría el primer paso para ser esclavizados por nuestros eventuales enemigos. Lo único que hemos conseguido hasta ahora, es que acepten hacer una declaración conjunta sobre la prohibición de armas de destrucción en masa en un eventual conflicto. En estas condiciones, creemos que ustedes, no tienen tiempo que perder. Ylún ha tomado las medidas necesarias para intentar el rescate del «Tritón Volador» y conducirles a ustedes hasta allí.

Siento no poder dedicarles más tiempo; pero importantes obligaciones me reclaman y ha de servir esta entrevista para despedirnos.

Los dos hombres mostraron con sinceras palabras la gratitud que debían a aquel hombre y al pueblo que gobernaba; y luego se

estrecharon la mano cordialmente para quedar un instante después a solas con Ylún. En la graciosa cara de la muchacha se mostraban los signos del mucho trabajo que había tenido aquellos días y la profunda preocupación que la embargaba. Durante unos instantes no se cruzó una sola palabra entre los tres amigos. Por fin, fue Ylún la primera que rompió el silencio:

—Bien, William —dijo en tono sencillo pero grave— las palabras de Damak son la pura realidad. Ha llegado el momento de despedirnos.

William asintió con un gesto, incapaz por el momento de pronunciar una sola palabra.

—Aun siendo profundamente desagradable tenernos que separar —continuó la muchacha— todavía tenemos que enfrentarnos con mayores dificultades. La situación es la siguiente: He enviado a mis hombres a localizar el «Tritón Volador». Se encuentra aproximadamente en el lugar donde hicisteis el aterrizaje, pues, como sabéis, es en territorio Sakchent. Parece ser que el enemigo no ha tomado ninguna medida de vigilancia junto al «Tritón Volador»; esto puede facilitar nuestra tarea dentro de la dificultad que supone en estos momentos ir hacia esa zona. Sin embargo, no podemos realizar la operación de otra manera. Una de nuestras naves os conducirá hasta el «Tritón Volador»; haréis un rápido reconocimiento al mismo y si está en condiciones de volar despegaréis, si no os reincorporaréis a nuestro navío y volveréis a Samá, a cuyo destino os ligaréis irremediablemente.

Por la mente de William pasó, como un relámpago, la idea de que el «Tritón Volador» no estuviera en condiciones de volar. Esta idea en vez de entristecerlo lo llenaba de esperanza.

—No sé si en las actuales condiciones —continuó Ylún— será posible el despegue; ya que aquí no disponéis de plataforma de inmersión ni nada semejante.

—Desde luego, es una dificultad de cierta importancia —replicó William— pero aun así y todo es posible el despegue. Nuestra astronave estaba calculada para hacer un despegue semejante, ya que era de suponer que en la Luna no habíamos de encontrar las mismas facilidades que en la Tierra.

—De todos modos —intervino Dic— la operación será difícil. El despegue desde la Luna pensábamos hacerlo sobre el suelo firme, después de posar nuestra nave en posición vertical.

—Comprendo —dijo la muchacha—. Entonces veo las

posibilidades de despegue reducidas a un pequeño porcentaje.

—La técnica que emplearemos —dijo William— será intentar la inmersión del «Tritón Volador» hasta unos 1,500 metros de profundidad; luego le haremos adoptar la posición necesaria y accionaremos los motores de propulsión. Si todo sale bien, el aparato abandonará la superficie de Atomón en pocos segundos.

—Entonces estamos de acuerdo. Dentro de dos días zarpará el submarino que os llevará hasta el «Tritón Volador». Tenedlo todo dispuesto para ese momento. El material recogido por los profesores Jansen y Browm está siendo trasladado ya en estos momentos hacia el submarino. No hay ni un minuto que perder.

Ylún se levantó, dando por terminada la reunión. Dic y William se retiraron hacia la puerta; ya estaban a punto 'de atravesarla cuando el último se volvió hacia Ylún. No podía articular ni una sola palabra; pero sus ojos decían claramente todo cuanto su corazón sentía. Ylún lo miró profundamente y una ligera sonrisa iluminó sus labios.

—No..., todavía no—dijo—. Yo estaré en el barco que os ha de llevar al «Tritón Volador»,

Después de estas palabras los tres amigos se estrecharon las manos y Dic y William se encaminaron directamente a la residencia de la tripulación para dar lar órdenes oportunas.

Los dos días siguientes pasaron en una febril actividad. Todo el material de los profesores Browm y Jansen estaba ya a bordo del submarino; por otra parte, William había recibido todos los informes necesarios sobre la situación del «Tritón Volador».

Los Delegados de la Confederación Sakchent habían abandonado la Ciudad de Samá, sin que hubieran resuelto nada positivo. La opinión más generalizada era que la guerra se aproximaba a pasos agigantados sobre Atomón. Por último, un aviso de Ylún les indicó que había llegado el momento de embarcar.

CAPITULO XVI

EN el interior del gran submarino reinaba una creciente agitación. Quizás el espacio era insuficiente para albergar a los expedicionarios terrestres y a la tripulación del navío; pero las circunstancias aconsejaban extrema prudencia, hasta el punto de hacer el viaje en una sola nave.

Browm y Jansen se afanaban en hacer el inventario de todas las cajas que habían sido transportadas al submarino. Asimismo, ponían en orden la gran cantidad de documentación que en dos grandes carteras llevaban.

Ylún, Dic y William estaban reunidos en una pequeña cabina para tomar las últimas disposiciones.

—Dentro de pocos minutos —decía la muchacha en aquellos momentos— habremos alcanzado la superficie del Océano. Nos encontraremos entonces a unos treinta minutos de navegación del lugar en que se encuentra el «Tritón Volador». Procuraremos navegar a toda velocidad y atracaremos a su costado para trasladar el material y los hombres al interior del mismo; luego nos apartaremos unos dos mil metros y observaremos la salida. Si quince minutos después de la inmersión, «El Tritón Volador» no ha despegado, lo daremos por perdido y regresaremos a nuestra Base.

—Creo —dijo William— que podemos mantener contacto por radio desde el interior de nuestra astronave. El tipo de onda con que podemos emitir encaja perfectamente dentro de vuestros aparatos emisor- receptores.

—No había pensado en ello —dijo Ylún— esto me tranquilizará mucho más.

—Entonces ya está todo resuelto ¿no es así? —preguntó William.

—Sí —dijo la muchacha—. Es preciso que disolvamos la reunión; vosotros tendréis que preparar a vuestro equipo y yo he de dirigir personalmente las maniobras.

Salieron de la cabina y cada uno se dedicó a su tarea.

— ¿Cómo van las cosas? —preguntó Ylún al piloto.

—Estamos a pocos metros ya de la superficie —contestó éste.

—¿Todo en orden?

—Nuestro aparato de control registra algunas importantes irregularidades. Parece ser que la superficie del agua se encuentra agitada por una gran tormenta.

Ylún observó atentamente el aparato de control y vio confirmadas las palabras del piloto.

—Está bien; de todas maneras intentaremos salir.

La nave fue ascendiendo diagonalmente hasta que el aparato de control señaló la profundidad cero.

A través de las escotillas transparentes del submarino, podía verse el mar agitado en fragorosa tormenta.

—Sí que hemos elegido un momento inoportuno para nuestro viaje.

—Peor de lo que crees, William —contestó Ylún.

La nave se bamboleaba tremendamente a impulsos de la poderosa fuerza desatada en la superficie del mar.

—Ylún, —dijo el primer oficial— los aparatos de control parecen haberse estropeado.

—No, no están estropeados —dijo la muchacha con sorprendente firmeza.

—Sin embargo —terció William— parecen hacer indicaciones absurdas.

—Estamos en el centro de una tempestad magnética —dijo la muchacha— me lo estaba temiendo y son precisamente esos aparatos los que me lo confirman.

Luego, la muchacha se volvió hacia William y en su rostro se reflejaba la más profunda angustia.

—¿Qué te sucede, Ylún?

—Creo que Atomón comienza a pasar la prueba más difícil de su existencia.

Todos los hombres que pudieron escuchar las palabras de Ylún la miraron sorprendidos con la respiración contenida.

—¿Qué quiere decir, Ylún?

La muchacha no contestó y se puso, por el contrario, a observar ciertos aparatos y a hacer rápidos cálculos con la ayuda del primer oficial. Todos miraban en silencio, convencidos de que estaba haciendo una comprobación de importancia. Por fin levantó la cara la muchacha y dio una sencilla pero dramática explicación:

—Sí; se trata de una tempestad magnética artificial. Esto quiere decir que los hombres Sakchent han decidido emprender el camino de la guerra y no el de la paz. Ellos disponen de medios suficientes para provocar estas tempestades. El Estado Mayor de Samá temía que uno de los primeros actos de guerra de los hombres Sakchent t sería provocar una tempestad magnética alrededor de todo nuestro planeta, al objeto da hacer imposible la lucha en su superficie.

Nuestra flota de superficie es más poderosa que ellos y podía convertirse en una arma terrible para demostrar sus bases flotantes e incluso bloquear o destruir los inyectores de aire de sus ciudades.

Después de estas palabras, un pesado silencio cayó sobre todos los seres que se encontraban en el barco.

—Entonces no podemos acercarnos hacia el «Tritón Volador» —dijo Dic.

La muchacha recapacitó unos segundos; luego habló con voz enérgica pero solemne.

Lo intentaremos de todas formas. Haremos el resto del viaje por debajo del mar. Procuraremos salir a pocos metros del «Tritón Volador» e intentaremos la maniobra a todo riesgo.

—¡No lo podemos consentir! —dijo el profesor Jansen.

—El riesgo que corren ustedes es demasiado grande ya, Ylún —corroboró William—. En las condiciones en que se encuentra el mar, sería casi imposible atracar al costado del «Tritón Volador». Si hemos perdido la partida, tenemos que resignarnos.

La muchacha miró a William con un centelleo de energía en la mirada.

—No, William; hay que intentarlo. Quizá Atomón sea dentro de poco tiempo un planeta inerte en la inmensidad del espacio. Es preciso que volváis a la Tierra.

—¡Pero yo no volveré sin ti, Ylún! —replicó enérgicamente William.

—No digas eso —atajó la muchacha que a duras penas podía mantener la energía necesaria para imponerse.

—¡Está decidido, Ylún!

—Todos estamos de acuerdo con él —dijo Jansen— al fin y al cabo somos hombres y sabemos afrontar la situación.

—Yo, le agradezco sus palabras, profesor; pero no es ese el problema. Los hombres Sakchent han desencadenado la guerra; yo

me debo a mi pueblo y no puedo desertar.

—Pero eso no impide que nosotros nos quedemos —dijo William con calor.

—Yo sé que lo harías, William; pero tampoco tu deber te lo permite. Piensa que los hombres Sakchent están lanzando unos extraños ingenios sobre la Tierra; tal vez en estos momentos han desencadenado ya la ofensiva o estén a punto de desencadenarla. Sois vosotros los únicos que podéis dar la alarma; en estos momentos tenéis la responsabilidad de defender a la Tierra entera contra estos hombres sin conciencia.

—Está bien —dijo William— pero podemos informar por telerradar.

—No, ya no podéis, William, la tempestad magnética que han desencadenado los hombres Sakchent lo impide.

William comprendió la profunda fuerza de los argumentos esgrimidos por Ylún.

—Lo que dice Ylún es verdad —comentó Dic con voz desesperada.

—Sí, es preciso que advirtamos a la humanidad terrestre del peligro que se cierne sobre ella —dijo Jansen.

—Está bien —concedió William—. La responsabilidad que pesa sobre nosotros en estos momentos ha de estar por encima de los dictados de nuestro corazón. Bien, Ylún, sea como tú dices.

Después de estas palabras, la muchacha dio las órdenes oportunas de inmersión y la nave continuó su camino por las tranquilas profundidades submarinas.

Mediante el telerradar localizaron al «Tritón Volador» y fueron aproximándose con gran cuidado. Dos horas más tarde el piloto anunciaba: «El «Tritón Volador» a trescientos metros de distancia se bambolea incesantemente a impulsos del temporal».

—Saldremos a unos cien metros del lugar en que se encuentra; luego navegando por la superficie procuraremos atracar a su banda de babor.

Ya no volvió a escucharse ninguna palabra en el interior del sumergible. Todos los hombres de la tripulación atendían a su tarea con los cinco sentidos tensos. El más pequeño error podía producir la catástrofe en cualquier momento.

Por fin, la nave salió a la superficie. Como un juguete de las

olas, fue zarandeada brutalmente.

—¡Motores de retroceso en marcha a 0'90 del avance —ordenó Ylún.

La doble marcha que empezaba el submarino, consiguió darle una mayor estabilidad. El «Tritón Volador» se veía a unos ochenta metros de distancia bajo la luz de los reflectores del submarino. Su inmensa mole descansaba sobre el mar como un gran cetáceo que estuviera dormido.

—Vamos bien —comentó la muchacha.

Ya había avanzado el submarino diez o doce metros más, cuando de pronto, surgiendo en medio de las olas, venido de las profundidades submarinas, apareció frente a la nave de Ylún una poderosa embarcación enemiga. El asombro causó un momentáneo desconcierto entre los hombres de la tripulación del barco.

—¡Pronto! ¡Tubos lanzatorpedos preparados! — ordenó el primer piloto.

—¡No! —gritó Ylún — está demasiado cerca y nosotros mismos pagaríamos los efectos de las explosiones,

La nave enemiga, salida de las profundidades del mar, mostraba a los ojos estupefactos de William toda su larga banda de estribor. En aquel momento estaban intentando maniobrar para dar proa al enemigo. William, tuvo un momento de inspiración.

—Ylún, podemos abordarlo con nuestra proa. . ¿Crees que resistiría el golpe?

—¡Sí, esa es la solución! —casi gritó la muchacha— ¡Motor de retroceso a cero!, ¡Motores de avance a toda marcha!

La maniobra ordenada por la muchacha fue realizada en un segundo. El submarino dio un poderoso salto hacia delante y se dirigió velozmente hacia el costado de su enemigo.

—¡Rápido, rápido! —gritaba Dic entusiasmado— ¡Hemos de alcanzarles antes de que consigan hacer la maniobra y presentarnos su proa!

Afortunadamente, la nave enemiga maniobraba con dificultad, debido al agitado estado del mar. Unos segundos después, todos contuvieron la respiración y un golpe tremendo dio con la mayoría de los tripulantes y los terrestres en el suelo. Un ruido infernal llenó por unos instantes los ámbitos del submarino. La nave de Samá había conseguido hundir profundamente su proa en el tercio posterior de la nave contraria.

—¡Pronto! —ordenó Ylún. ¡Marcha atrás a toda máquina!

Los motores del submarino zumbaron intensamente a toda presión. Por un instante, la nave de Samá arrastró en su retroceso al submarino contrario; por último una fuerte sacudida, indicó que habían conseguido desprenderse del profundo boquete que había cruzado el barco contrario. Cuando se había retirado unos cincuenta metros, pudo verse a la nave enemiga que se escoraba peligrosamente, mientras un río de agua penetraba a través del gran boquete abierto por el espolón del navío capitaneado por Ylún.

—Ha sido una maniobra afortunada —comentó William—. Creo que hemos herido de muerte a nuestro adversario.

La parte posterior de la nave enemiga se encontraba ya totalmente sumergida.

—Si pudiéramos lanzarle ahora un torpedo —insinuó Dic.

—Ya no hace falta, Capitán —dijo Ylún— no tardará mucho en hundirse.

En efecto, poco después la nave enemiga sufrió una convulsión; su proa apuntó hacia el cielo y lentamente fue sumergiéndose en las profundidades abisales del mar.

—¡Victoria! —gritaban los hombres de la tripulación.

—No perdamos tiempo; hay que atracar junto al «Tritón Volador» —ordenó la muchacha—. ¿Cuáles son las escotillas de entrada, William.

—Aquí, en la banda de estribor, hacia el tercio posterior del aparato; pero dudo que podamos atracar a su lado.

—Quizás haya una solución, William; el aparato está construido por metales, ¿no?

—Así es —replicó el aludido.

—¡Máquinas! —ordenó la muchacha— ¡accionen el electroimán!

Rápidamente se puso en acción el poderoso electroimán del submarino. Inmediatamente comenzó éste a aproximarse al «Tritón Volador» a impulsos de la poderosa tuerza puesta en acción. Poco después, atracaban en el lugar indicado por William, manteniendo un poderoso contacto, como si las dos naves formaran un solo cuerpo.

—¡Es la más admirable solución! —dijo Dic entusiasmado.

—Y ahora, todo preparado para hacer el traslado al «Tritón

Volador» —ordenó la muchacha.

Dic y William se ataron dos cables a la cintura y salieron al exterior del submarino. Fuertemente aferrados a la barandilla del mismo, buscaron con ojos afanosos la situación de las escotillas; por fin, ya localizadas, William cogió la poderosa linterna de que se había prevenido y dirigió el haz de luz hacia determinado punto. Las células fotoelípticas estaban afortunadamente intactas y lentamente se abrió una escotilla de metro y medio de alta por un metro de ancha.

—¡Todo listo! —dijo William— ¡Preparados para saltar!

Dic fue el primero en pasar al «Tritón Volador». William volvió al interior del submarino y fue ordenando el paso de los hombres de la tripulación.

El bamboleo a que estaban sometidas las dos naves, hizo la operación extremadamente difícil; pero al cabo de quince minutos todos los hombres habían conseguido pasar al interior de la astronave; sólo quedaban los profesores Jansen, Browm y William. Este, ató un cabo lanzado por Dic desde el interior del «Tritón Volador» a la cintura del profesor Jansen, al objeto de aminorar el riesgo del salto. Poco después, hacía lo mismo con el Dr. Browm y al instante se encontraban los dos en el interior del «Tritón Volador».

—Bien; ahora te toca a ti, William.

William se volvió hacia la muchacha. En aquellos instantes todas las palabras hubieran sido inútiles; tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no hundirse en la desesperación. Ylún de igual manera, había dado a su rostro un aire impenetrable, segura de que al menor intento de hablar, arrancaría un sollozo de su garganta.

—¡Date prisa, William! —gritó Dic desde el interior de la astronave.

En un gesto espontáneo, William abrazó con sus poderosos brazos a Ylún y la besó tiernamente; luego, la soltó y sin volver la cabeza, salió a la superficie del submarino. Poco después saltaba al interior del «Tritón Volador».

—¡Marcha atrás! —ordenó la muchacha con voz ausente.

El submarino retrocedió unos quinientos metros y quedó estacionado. El silencio del interior de la nave sólo estaba roto por el fragor incesante de la tempestad. Todos los ojos de la tripulación estaban fijos en el «Tritón Volador»; éste comenzó a navegar,

impulsado suavemente por sus motores de superficie; luego, Ylún pudo observar que se abrían los tanques de inmersión y el «Tritón Volador» comenzó a hundirse hasta desaparecer de su vista. Los minutos fueron pasando con una lentitud infinita. La superficie del mar se encontraba totalmente agitada. Ylún apenes si podía contener los latidos de su corazón.

—No podemos aguantar mucho tiempo así —comunicó el piloto.

—Motores de avance y retrocedo a 0'50 —ordenó la muchacha.

Sus ojos parecían perderse en el preciso punto en que se había hundido el «Tritón Volador», como si quisieran penetrar en las profundidades submarinas con la mirada. De pronto, la oscura superficie del agua comenzó a hervir en blanquecina espuma. Por unos segundos, todos les miembros de la tripulación contuvieron la respiración; un instante después, como un maravilloso cetáceo que diera un salto fantástico, «El Tritón Volador» rompía la superficie del agua para proyectarse en poderosa ascensión hacia un punto lejano del infinito espacio. Ylún miró con ojos desorbitados hacia el lejano punto que se iba perdiendo en la inmensidad del infinito, hasta que una cortina de lágrimas le cegó la visión. Lentamente fue deslizándose hasta caer de rodillas mientras con voz ausente ordenaba:

—¡Preparados para la inmersión! ¡Retornamos a nuestra Base!

FIN

El último acto de la gran aventura emprendida por los terrestres había comenzado.

¿Llegarían a la Tierra los audaces tripulantes del «Tritón Volador»?

¿Conseguirían los hombres sakchent destruir a la humanidad con sus nubes mortíferas?

¿En qué recóndito lugar de la Tierra habían instalado su base de operaciones los extraños hombres de Atomón?

BASE SAKCHENT N.º 1

la nueva novela del

PROFESOR HASLEY

que la Colección

Luchadores del Espacio

lanza a la curiosidad de sus lectores, contesta a estos interrogantes, a través de una emocionan- y continuada acción que da fin a la gran aventura emprendida por los terrestres aquel día en que el planeta intruso apareció en su firmamento.

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 6 pesetas